

## **Índice**

### **Introducción**

#### **Capítulo 1. Concepto de género**

1. 1. Definición de género
1. 2. Género femenino: rol social
1. 2. 1. Historia
1. 2. 1. 1. Relación hombre-mujer
1. 2. 1. 2. Cristianismo
1. 2. 2. Movimiento Feminista y Jornadas Laborales

#### **Capítulo 2. Género e Indumentaria**

2. 1. Relación del género femenino e indumentaria
2. 2. El Pantalón
2. 3. Deportes

#### **Capítulo 3. Concepto de Moda**

3. 1. Definición de Moda
3. 2. Belle Epoque: últimos años
3. 3. Masculinización en la moda durante la Primera Guerra Mundial
3. 4. Años locos

## **Capítulo 4. Primera Guerra Mundial**

- 4. 1. Contexto
- 4. 2. Causas del conflicto bélico
  - 4. 2. 1. Ideológicas
  - 4. 2. 2. Colonialismo e Imperialismo
  - 4. 2. 3. Económicas
  - 4. 2. 4. Carrera de Armamentista
  - 4. 2. 5. Alianzas Militares
- 4. 3. Objetivos de la Guerra
  - 4. 3. 1. Europa Central
  - 4. 3. 2. Versalles
  - 4. 3. 3. Nuevas Fronteras
- 4. 4. El legado

## **Capítulo 5. Función social femenina dentro de la Primera Guerra Mundial**

- 5. 1. Mujeres Laboristas

## **Conclusión**

## **Referencia bibliográfica**

## **Bibliografía**

## **Introducción**

Este Proyecto de Graduación tratará las cuestiones sobre el género y la indumentaria, profundizando en el rol social de la mujer en el período de la Primera Guerra Mundial.

Para ello, se analizarán los conceptos de género y moda dentro del contexto de dicha contienda, haciendo hincapié en la participación femenina en la sociedad, su relación con la indumentaria y, a su vez, en la interrelación entre la moda y los conflictos bélicos.

En cuanto a la delimitación del tema, se tomará la moda francesa en el período de la Primera Guerra Mundial (1914-1919).

Las cuestiones a resolver serán: cuáles fueron las repercusiones económicas, políticas y sociales de la Primera Guerra Mundial; qué cambios sufrió y cómo estas repercusiones afectaron al género femenino en Europa durante dicho conflicto; cómo se diferenciaban los roles laborales femeninos dentro de las distintas clases sociales; cómo se expresaron los cambios en la moda femenina.

En cuanto a la justificación, es importante exponer cómo las mujeres se vieron obligadas a tomar un lugar activo dentro de la sociedad; cómo se dieron estos cambios y cómo esto se vio reflejado en la moda. Estos puntos son estudiados dentro del contexto de la Primera Guerra Mundial.

El objetivo general de este proyecto es indagar y analizar el impacto de la Primera Guerra Mundial en el género femenino y la moda europea.

Para llegar a dicho objetivo se analizarán e investigarán los factores desencadenantes y consecuencias económicas, políticas y sociales de la Primera Guerra Mundial, los cambios que sufrió el género de la mujer en Europa, principalmente en Francia; y su

función social durante dicho período; los cambios y repercusiones en la moda: los distintos estilos, tipologías y siluetas utilizados entre las décadas 1910-1920.

El aporte profesional de este Proyecto de Grado es, mediante la investigación, estudiar los cambios que afectaron al género femenino en su rol dentro de la sociedad durante el período de la Primera Guerra Mundial. En otras palabras, exponer cómo la indumentaria refleja la concepción de género en dicho contexto, es decir, en los años anteriores o *Belle Epoque* y en los años posteriores al conflicto bélico, los Años Locos.

Este trabajo se ubica dentro de la categoría de Investigación, ya que investigará la problemática planteada para poder así llegar a una conclusión. El proyecto va a tomar como eje central al género femenino y a su indumentaria a través de los cambios sociales que supo enfrentar en las décadas de 1900, 1910 y 1920; haciendo hincapié en cómo y por qué se fueron dando estas transformaciones. Es por esto que la línea temática será la de Historia y Tendencias.

Con respecto al estado del conocimiento, se relevaron los siguientes trabajos e investigaciones. En primer lugar, trabajos realizados por alumnos de la Universidad de Palermo, Alfonso, C. (2011) se basó en la búsqueda de términos relacionados con la Indumentaria, tales como los tejidos, corsé, molde, pantalón, calzado, haciendo hincapié en la evolución de la historia. Por otra parte, Benítez, C. (2012), muestra como Chanel fue una de las influencias más relevantes a la hora de vestir a las mujeres en los años veinte. Sus diseños proporcionaban libertad y la comodidad justa para que éstas pudieran desarrollar actividades, y por sobre todo, ante su lucha contra las limitaciones sociopolíticas. La alumna Bochi, A. (2011) analizó el proceso de transformación del rol de la mujer, afirma que ésta pudo liberarse del círculo privada para poder introducirse al público; siguiendo la misma línea de pensamiento, Conde Lopez, P: (2011) propone una colección basada en el cambio del rol femenino que se dio por consecuencia de diferentes sucesos, principalmente en las dos guerras mundiales. De la misma manera

trabajó De la Riva, L. (2012) a raíz de la investigación sobre la problemática de la indumentaria como herramienta de comunicación política, desarrolló una propuesta novedosa para la vestimenta presidencial femenina. Semejante al presente Proyecto de Grado, las alumnas Escobar, J., Pazos, M. y Tarelli, G. (2008) realizaron un trabajo de investigación basado en tres etapas: *Belle Epoque*, la Primera Guerra Mundial y los Años Locos para entender las razones de los cambios que surgieron en el mundo de la moda. Por su parte, Goñi Caruso, M. (2008) explicó el significado, simbología y surgimiento de la vestimenta; para ello expuso los hechos influyentes entre los años 1940 y 1980, demostrando cómo se veían reflejados en la vida cotidiana de la mujer de aquella época. De la misma manera trabajó Litvak, L. (2009) sobre la correspondencia que existe entre los cambios que sufrió la indumentaria en el siglo XX y la liberación femenina; otro trabajo de investigación es el realizado por Sorbona, P. (2011) donde estudió el rol femenino dentro de la sociedad y cómo fue su aceptación dentro del espacio público y social. Por último dentro de los Proyectos de la Universidad, la alumna Vilche, M. (2011) relacionó los cambios socioeconómicos en París con la moda en el período de la Segunda Gran Guerra.

Por otra parte, Bañuelos, M. C. (s/f) trata sobre la influencia de la moda dentro de los cambios sociales de los valores estéticos y corporales, considerando a la moda una de las más comunes y cotidiana y de las estructuras. Finalmente, la tesina de Jiménez, J. (2008), pone en evidencia la moda y sus perspectivas históricas, el consumo de la misma, y cómo éste se ve reflejado en las clases sociales.

Además, se halló la siguiente página web <http://www.historiasiglo20.org/sufragismo/femespana2.htm>, que habla sobre el sufragio y la lucha por los derechos de la mujer en el período que va de 1789 hasta 1945. En la misma temática, se ubicó un trabajo elaborado por Ballarín, Birriel, Martínez y Ortiz (2010), hacen hincapié en el esfuerzo de profesionales feministas, de distintos campos

de conocimientos y países europeos, que, rompen barreras culturales y desafían el conocimiento establecido. Por último, el estudio de Viveros, M. (2004) realizado a partir de los interrogantes en torno a las controversias generadas por el concepto de género.

El marco teórico se desarrollará de la siguiente manera. En el primer capítulo se toma el concepto de género, lo que implica hablar del rol que cumple la mujer dentro de la sociedad; los autores relevantes para éste: Beauvoir, S. (1987), Butler, J. (2006). Butler, J. (2007); Entwistle, J. (2002), Fraisse, G. (1991) y Viveros Vigoyas, M. (2004).

Se continúa con la idea del género en el capítulo dos, y se lo vincula directamente con la indumentaria. La bibliografía utilizada es Entwistle, J. (2002).

En cuanto al capítulo tres, se conceptualiza la moda y se analiza su fuerte peso en Francia. Se hace hincapié en los estilos, las tipologías, siluetas y los diseñadores más notables de la época, principalmente, en la *Belle Epoque* y en los Años Locos, y por último, un análisis de la Alta Costura. Se apoya en los escritos de Bard, C. (2012), Entwistle, J. (2002) Lipovetsky, G. (1990), Ruiz, F. (2008), Seeling, C. (2000).

El capítulo cuatro profundiza en la Primera Guerra Mundial, de ella explica el contexto histórico, sociopolítico y económico en que surgió, los factores detonantes y las alianzas que se formaron a partir de ella, y por ende, sus consecuencias. Su bibliografía fue rescatada de los autores Brunn, G. (1999) y Hardach, G. (1986).

Por último, en el capítulo cinco, se basa en la función social que cumplió el género femenino durante el período, es el movimiento de las Mujeres Laboristas. La autora que abordará esta cuestión es Bock, G. (1996)

## **Capítulo 1: Concepto de género**

La mujer siempre ha sido, si no esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos géneros no han compartido nunca el mundo por partes iguales, y todavía hoy aunque su condición está mejorando, la mujer aun padece de muchas desventajas. Si bien le son reconocidos ciertos derechos, una larga costumbre impide que encuentren una expresión concreta en las costumbres. Económicamente, los hombres y las mujeres constituyen casi dos castas; ante los mismos hechos, los primeros tienen situaciones más ventajosas, salarios más altos y más posibilidades de éxito que sus recientes competidoras; los hombres ocupan en la industria, en la política un número mucho mayor de lugares y retienen los más importantes. Además de los poderes concretos que posees, están revestidos de un prestigio cuya tradición se mantiene a lo largo de toda la educación del niño. En el momento en que las mujeres empiezan a tomar parte en la elaboración del mundo, ese mundo es todavía un mundo que pertenece a los hombres.

### **1. 1. Definición de género**

Antes de comenzar a analizar el rol social de la mujer, es necesario partir de la base: definir el término de género.

Como explica el texto anónimo *Equidad de género* (2011) se trata de un concepto cultural que apunta a la clasificación social en dos categorías: lo masculino y lo femenino. Es una construcción de significados, en la cual se convocan los aspectos sociales, psicológicos y culturales de femineidad/masculinidad; la acción de la sociedad es definitiva para el aprendizaje y desarrollo de la sociedad. Por otra parte, el rol de ésta es la consecuencia de conductas, que son adquiridas mediante una sociedad, determinando sus acciones, el quehacer y la responsabilidad que recae tanto en hombres como en mujeres con diferentes patrones, los que emanan del cumplimiento de estos roles que les son

socialmente asignados: ser madre/padre, esposo/esposa, trabajador/trabajadora, y que, además, están ligadas a las necesidades básicas: alimentos, vivienda, salud, ingresos y educación, entre otros. En otras palabras, son pautas y disposiciones que establece la sociedad, implantando una cultura que obedece al comportamiento femenino y masculino.

De la misma manera, cada cultura constituyó un sistema de género, establecido por las concepciones culturales de lo masculino y lo femenino como dos categorías complementarias; lo que correlaciona el sexo con contenidos culturales de acuerdo con los valores sociales y jerárquicos. Si bien los significados cambian en cada cultura, en este tipo de sistema sexo-género es imprescindible establecer la interconexión de los factores económicos y políticos de cada sociedad. Collier (1981) agrega que la construcción cultural de sexo en género y la asimetría que caracterizan a todos los sistemas de género a través de las culturas son entendidas como ligados sistémicamente a la organización de la desigualdad social.

Asimismo, el concepto de género puede tomar distintas tendencias. Se puede agregar el género como norma: acciona e influye en los hábitos sociales como un modelo tácito de normalidad. Tal como expone Butler, J. (2006), que el género sea una norma sugiere que siempre y sólo tenuemente toma forma en algún actor social determinado, ésta gobierna la inteligibilidad social en particular; la norma se manifiesta indiferente a las acciones que preside, por ende, apela a un estatus y efecto independiente de las acciones gobernadas por ella. “El género no es exactamente lo que uno es ni tampoco precisamente lo que uno tiene” (2006, p. 70), afirma Butler. El género se implanta como un aparato, a través del cual, tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino.

## 1. 2 Género femenino: rol social

Para entender la mirada social que tenía la mujer en los primeros años del siglo XX, es necesario investigar años anteriores a dicho período. Hacia los siglos XVIII y XIX regía la teoría del intelecto femenino sexuado. En aquél entonces, como expresa Fraisse, G. (1991) al hombre se le atribuía una noción ilustrada de la perfectibilidad, es decir, una capacidad de superar los condicionamientos naturales, mientras que a la mujer se la reservaba con el objetivo de perfeccionamiento de la especie.

Ciertamente, el argumento de la convivencia social trae consigo la indicación de los espacios en disputa, espacios públicos, en que se localizan las dificultades. Temporalmente, se dejan de lado los argumentos de historia y de naturaleza para, así, observar los hechos de la experiencia en la vida social.

El espacio público expone a la mujer y al hombre en posición de ser comparados, lo que según Fraisse (ob. cit.) explica como los adversarios de la igualdad traducen por la temible figura de la rivalidad entre los sexos. Esta igualdad mencionada es la igualdad abstracta de una próxima democracia y no en relación a los sexos.

En efecto, se puede decir que entre el género masculino y el femenino es elemental distinguir un tercer término que une los dos anteriores y rigen por su interacción, éste es la palabra especie: la mujer es reproductora de la especie. En otras palabras, su propósito natural es el de procrear.

La atribución de las mujeres sobre la civilización en general y sobre la vida política, especialmente, viran en un mal con la libertad sigilosa que las mujeres causan por una progresiva visibilidad de su poder de influencia. La creencia política de que debe haber una base universal para el feminismo, y de que puede fundarse en una identidad que aparentemente existe en todas las culturas, a menudo va unida a la idea de que la opresión de las mujeres poseen alguna forma específica reconocible dentro de la estructura universal o hegemonía del patriarcado o de la dominación masculina. (Butler,

2007). La frase la mujer se queda en su casa, comúnmente utilizada en un lenguaje cotidiano, connota alegóricamente los términos: hogar, espacio doméstico y, principalmente, la familia. Este último, refiere al lugar donde se reúne la gestión de los bienes y la cría.

En otras palabras, esta diversa igualdad se sintetiza en ser de naturaleza. La mujer es un individuo social y goza plenamente de su razón; es un ser de sociedad, sin embargo, su única finalidad es la reproducción; un ser relativo, tiene lazos indirectos con la sociedad, influye a distancia o es agente de la moral.

Mujeres letradas, artistas, que ocupáis vuestro ocio con dignos trabajos, emplead algunos de ellos en la defensa de las mujeres, no busquéis, como tantas otras lo han hecho, ser una excepción entre vuestras compañeras, adoptar, con talentos que los hombres se han apropiado, los gustos y las opiniones que los caracterizan. Buscad más bien hacer honor a vuestro sexo y a vosotras mismas. Sostened su causa con vuestro ejemplo, con vuestros principios, con vuestros razonamientos y con ese noble orgullo que da la convicción íntima de lo que se quiere y ante el cual la misma injusticia se ve obligada a ceder. (Fraisse, ob. cit., p. 138).

En suma, como plantea Viveros, M. (2004) la diferencia de género era considerada un aspecto inseparable del sexismo; las ocupaciones políticas eran realizadas por hombres entendidos. Para el género femenino, alcanzar una igualdad de géneros significaba la minimización de la diferencia entre ellos; con lo que obtendrían el equilibrio ideal, en el que ninguno, sea femenino o masculino, ni se beneficie de manera injusta en perjuicio del otro. En otras palabras, dicha lucha sostenía como su principal objetivo: obtener el reconocimiento de esta desigualdad de géneros y la reevaluación de la feminidad.

Para finales de siglo XIX y principios del XX, la postura femenina sufrió varios cambios: aquella teoría de los círculos separados, donde el hombre era quien ocupaba y se manifestaba en el terreno público y la mujer debía permanecer en el ámbito privado de la familia, estuvo vigorosamente defendida por la sociología y la política social de aquél entonces.

La realidad más apropiada con el comportamiento correcto era la de la mujer de clase media. Previo a la Primera Guerra Mundial, casadas o solteras de este estatus, no desempeñaban trabajos remunerados ya que su única tarea era el matrimonio. En contraposición a éstas, las mujeres de clase obrera sí recibían pagos por sus labores, en otras palabras, era común que estas mujeres tuvieran trabajos remunerados. En la mayoría de los casos de las mujeres casadas, acostumbraban a trabajar de forma ocasional, ya sea como trabajo doméstico en una casa, vendiendo frutas y verduras o trabajos de casa, tales como modistas o haciendo manualidades, cuando se necesitaba económicamente. Estas ocupaciones eran omitidas por los censistas profesionales.

Para ese entonces, lo más habitual era que en la sociedad estaba instalada la figura del varón como cabeza de familia; éste trabajaba por un salario que le permitía mantener a su esposa e hijos. Fraisse (1991) comenta que entre 1870 y 1910, una organización más acreditada en la lucha de la pobreza estableció que el único modo de garantizar con la mínima posibilidad de éxito que una generación se afanase en interés y beneficio de otra; de esta manera, se consideraba que el trabajo de la esposa de clase obrera era el de administradora del hogar, esencial en la determinación del nivel de vida de una familia.

Hacia 1893 los sociólogos no demoraron mucho tiempo en reconocer el papel que desarrollaban las madres de la clase obrera. Manifestaban que la calidad de la labor doméstica de una esposa trabajadora era trascendental. Desde primera instancia, se trató de mejorar sus condiciones, lo cual se llevó a cabo a través de medios educativos y no proveyendo ayudas en efectivo. Gracias a ello, la cantidad de clínicas de asistencia infantil y de visitantes médicos aumentaron rápidamente en los años precedentes al

gran conflicto bélico. Otro dato importante para esos años previos a la Primera Guerra mundial, los grupos de reformadoras sociales estaban en desacuerdo con la intervención estatal a la hora de proporcionar ayuda financiera a las madres. Desatadas las hostilidades, las autoridades europeas adoptaron el concepto del patrimonio para las mujeres madres en los casos de viudez. Así fue como les reconocieron un plan más económico de ocupare de las viudas y sus hijos, en vez de trasladarlos a instituciones sociales.

## **1. 2. 1. Historia**

Los siguientes subcapítulos fueron escritos bajo la bibliografía de Simone de Beauvoir (1987).

El mundo ha pertenecido siempre a los hombres, cuando se enfrentan dos categorías humanas, cada una quiere imponer su soberanía a la otra. Se comprende entonces que el hombre haya tenido la voluntad de dominar a la mujer.

Es singularmente difícil formar una idea de la situación de la mujer en el período que precede al de la agricultura. Ni siquiera se sabe si en aquellas condiciones de vida, tan diferentes a las de hoy, la musculatura de la mujer y su aparato respiratorio no estaban tan desarrollados como en el hombre. Se le encomendaban duros trabajos, como llevar los fardos; algunas tomaban parte en guerras o venganzas sangrientas en las que desplegaban tanto valor y crueldad como los hombres. Las servidumbres de la reproducción representaban para ellas una terrible desventaja en la lucha que querían sostener contra un mundo hostil. En cuanto a las mujeres normales, el embarazo, el parto y la menstruación disminuían su capacidad de trabajo y las condenaban a largos períodos de impotencia; para defenderse contra los enemigos y para asegurar su sustento y el de su progenie, necesitaban la protección de los guerreros y el producto de

la caza y de la pesca, a las que se dedicaban los hombres. La mujer era necesaria para la perpetuación de la especie, pero lo hacía con demasiada abundancia, y era el hombre quien aseguraba el equilibrio entre la reproducción y la producción. Así, la mujer no tenía ni siquiera el privilegio de mantener la vida frente al hombre creador; no desempeñaba el papel del óvulo con relación al espermatozoide; sólo le correspondía una parte pequeña en el esfuerzo de la especie humana por perseverar en su ser, y gracias al hombre ese esfuerzo se lograba correctamente.

La mujer que engendraba no conocía el orgullo de la creación, se sentía juguete pasivo de fuerzas ocultas, y el doloroso trance del parto era un accidente inútil o inoportuno. La mujer sufre pasivamente su destino biológico. Los trabajos domésticos a los que está dedicada la encierran en la repetición y en la inmanencia; esos trabajos se reproducen de día en día bajo una forma idéntica que se perpetúa casi sin cambios a través de los siglos, sin producir nada nuevo.

Hasta la actualidad, la mujer estará sometida a la voluntad de los hombres. Pero esta voluntad es ambigua: por medio de una anexión total, la mujer será relegada al rango de cosa: ahora bien, el hombre pretende otorgar su propia dignidad a aquello que conquistó y posee. Uno de los problemas que intentará resolver es cómo hacer de la esposa una sirvienta y compañera a la vez, y su actitud evolucionará en el transcurso de los siglos, lo que provocará también una evolución en el destino femenino.

Destronada por el advenimiento de la propiedad privada, la suerte de la mujer, sin embargo, permanece ligada a través de los siglos a esa prioridad privada, y su historia se confunde en gran parte con la historia de la herencia. Se comprende la importancia fundamental: el propietario enajena su existencia en la propiedad que le interesa, desborda los límites estrechos de su vida temporal y subsiste más allá de la destrucción del cuerpo, encarnación terrestre y sensible del alma inmortal. Esa sobrevivencia sólo se realiza si la propiedad permanece en manos del poseedor; y después de la muerte no

podría ser suya si no perteneciese a individuos en quienes él prolongue y reconozca, que sean suyos.

Pero cuando el patriarcado es potente, le arranca a la mujer todos sus derechos sobre la tenencia y transmisión de bienes. Por medio del matrimonio, la mujer es separada radicalmente del grupo donde ha nacido y anexada al de su esposo; éste la compra como se compra una cabeza de ganado o un esclavo, le impone sus divinidades domésticas, y los niños que ella engendra pertenecen a la familia del hombre, primero de su padre y después de su marido. Bajo el régimen estrictamente patriarcal, el padre puede condenar a muerte desde su nacimiento a sus hijos.

En la Edad Media la mujer conservaba todavía algunos privilegios: en las ciudades tomaba parte en las asambleas de habitantes y participaba de las reuniones primarias para elegir diputados a los Estados Generales; el marido sólo podía disponer por su propia autoridad de los muebles, y para enajenar los bienes inmuebles era necesario el consentimiento de la mujer. En el siglo XVI se codifican las leyes que se perpetúan durante todo el Antiguo Régimen; en esa época las costumbres feudales han desaparecido totalmente y nada protege a las mujeres contra las pretensiones de los hombres que quieren encadenarlas al hogar. El marido es responsable de las deudas de la esposa tanto como su conducta; ella sólo tiene que rendirle cuentas a él y no tiene casi ninguna relación directa con los poderes públicos, ni relaciones autónomas con individuos extraños a su familia. Es mucho más que una asociada, pero en el trabajo y la maternidad se presenta como una sirvienta: los objetos, los valores y los seres que crea no son un bien propio, sino de la familia y, por lo tanto, del hombre, que es su jefe. Los códigos europeos han sido redactados a partir del derecho canónico, del derecho romano y del derecho germánico, todos desfavorables a la mujer; todos los países conocen la propiedad privada y la familia, y se someten a las exigencias de esas instituciones.

El estatuto legal de la mujer permaneció más o menos estacionario desde comienzos del siglo XV hasta el siglo XIX, pero en las clases privilegiadas su condición concreta evolucionó. El Renacimiento italiano es una época de individualismo que se muestra propicia a la expansión de todas las personalidades fuertes, sin distinción de géneros. Se encuentra allí a mujeres que fueron poderosas soberanas, tales como la infanta Juana de Aragón, la reina Juana de Nápoles o la marquesa Isabel d' Este.

En el siglo XVIII las mujeres continuaron distinguiéndose esencialmente en el dominio intelectual; se desarrolla la vida mundana y se difunde la cultura; el papel que desempeñan las mujeres en los salones es considerable. Por lo mismo que no están comprometidas en la construcción del mundo disponen del tiempo necesario para entregarse a la conversación, a las artes y las letras. Su instrucción no está organizada, pero a través de las charlas, lecturas, enseñanzas de preceptores privados o conferencias públicas, logran adquirir conocimientos superiores a los de sus esposos. Gracias a esa cultura y al prestigio que les confiere, las mujeres alcanzan a inmiscuirse en el universo masculino. Al lado de las grandes damas se afirman algunas grandes personalidades en el mundo que escapan a las sujeciones burguesas, y se ve aparecer una especie desconocida: la actriz. A comienzos de este siglo, la mayoría de ellas son esposas de actores; en seguida se independizan en su carrera, del mismo modo que en su vida privada; superan su femineidad al explotarla.

Durante este siglo la libertad y la independencia de la mujer aumentan. En principio, las costumbres siguen siendo severas: la joven sólo recibe una educación sumaria; la casan o la mandan a un convento sin consultarla. La burguesía, clase en ascenso cuya existencia se consolida, impone a la esposa una moral rigurosa. Pero la descomposición de la nobleza permite a las mujeres de mundo las mayores licencias, y la misma alta burguesía es contaminada por esos ejemplos: ni los conventos ni el hogar conyugal logran contener a la mujer. Para la mayoría de ellas se trata de una libertad negativa y

abstracta, pues se limitan a buscar el placer. Las mujeres constituyen el público favorito del escritor: se interesan en la literatura, la filosofía y las ciencias. Así, a través de todo el Antiguo Régimen, el campo más accesible a las mujeres que intentan afirmarse es el cultural. La cultura siempre ha sido patrimonio de una elite femenina, y no de la masa, y de ésta han salido a menudo los genios masculinos; las mismas privilegiadas encontraban en torno de sí una serie de obstáculos que les obstruían el acceso a las altas cimas.

Pudo esperarse que la Revolución cambiase la suerte de la mujer. Nada de eso ocurrió; la revolución burguesa respetó las instituciones y valores, fue hecha casi exclusivamente para los hombres. Es importante resaltar que a lo largo de todo el Antiguo Régimen fueron las mujeres de las clases trabajadoras quienes conocieron como género la mayor independencia. A la mujer le asistía el derecho de poseer un comercio, y tenía todas las aptitudes necesarias para el ejercicio autónomo de su oficio. Tomaba parte en la producción a título de lencera, lavandera, pulidora, revendedora, entre otras, y trabajaba tanto a domicilio como en pequeñas empresas. Su independencia material le permitía una gran libertad de costumbres: la mujer de pueblo podía salir, frecuentar las tabernas y disponer de su cuerpo más o menos como un hombre; era la asociada de su marido, su par. Sufría la opresión en el plano económico, no en el del género.

### **1. 2. 1. 1. Relación hombre-mujer**

Según Simone de Beauvoir (1987) Hegel define la relación entre el hombre y la mujer como se aplica en la relación entre amo y esclavo.

El privilegio del Amo proviene de que él afirma el Espíritu contra la Vida por el hecho de arriesgar su vida; pero, de hecho, el esclavo vencido ha conocido el mismo riesgo, mientras que la mujer es originalmente un existente que da la Vida

y no arriesga su Vida; entre el macho y ella nunca ha habido combate. (como se cita en Hegel, 1974)

Esa relación se distingue de la relación opresión porque la mujer también encarna y reconoce los valores que alcanza concretamente el hombre, quien abre el provenir hacia el cual también ella se trasciende. En verdad, las mujeres no han opuesto jamás valores femeninos a los valores masculinos: esa división ha sido inventada por hombres deseosos de mantener las prerrogativas masculinas que sólo han querido crear un dominio femenino, reino de la vida de la inmanencia, para mantener en él a la mujer; pero más allá de toda especificación sexual, el existente busca su justificación en el movimiento de su trascendencia, y la misma sumisión de la mujer provee una prueba. El hombre se ha plantado como amo frente a la mujer, porque la humanidad se ha problematizado en su ser, es decir, prefiere las razones de vivir a la vida; el plan del hombre no es repetirse en el tiempo, sino reinar sobre el instante y forjar el porvenir. Al crear valores, la actividad masculina ha constituido a la existencia misma como un valor; la ha hecho triunfar sobre las formas confusas de la vida, y ha esclavizado a la mujer.

Toda sociedad tiende hacia una forma patriarcal, cuando su evolución lleva al hombre a tener conciencia de sí y a imponer su voluntad. Aun en los tiempos en que permanecía confundido entre los misterios de la vida, de la Naturaleza y de la mujer, nunca renunció a su poder; plantea a la mujer como lo esencial a pesar de las fecundas virtudes que la penetran el hombre sigue siendo su amo, del mismo modo que es amo de la tierra fértil; el destino de la mujer es ser sometida, poseída y explotada como lo es también la Naturaleza.

Poco a poco el hombre ha mediatizado sus experiencias, y tanto en sus representaciones como en su existencia práctica, ha triunfado el principio masculino. El Espíritu le ha hecho triunfar sobre la Vida. La desvalorización de la mujer representa una etapa necesaria en

la historia de la humanidad, porque su prestigio no provenía de su valor positivo, sino de la debilidad del hombre.

El triunfo del patriarcado no fue por azar, ni el resultado de una evolución violenta. Desde el origen de la humanidad, su privilegio biológico ha permitido a los hombres afirmarse solos como sujetos soberanos. La mujer estaba condenada a no poseer más que una potencia precaria; nunca ha elegido ella misma su suerte. El lugar de la mujer en la sociedad es siempre el que le asignan; en ningún tiempo ella ha impuesto su propia ley.

En la época en la que el género humano se eleva hasta la redacción escrita de sus mitologías y leyes, el patriarcado queda definitivamente establecido: los códigos son compuestos por los hombres. Es natural que éstos den a la mujer la consideración con la misma benevolencia que a los niños y al ganado. Al organizar la opresión de la mujer, los legisladores tienen miedo de ella. Se retiene sobre todo el aspecto nefasto de las virtudes ambivalentes de que está investida: era sagrada, y se vuelve impura. “Eva, entregada a Adán para ser su compañera, ha perdido al género humano” (Beauvoir (ob. cit.), p. 104). La mujer está así consagrada al mal.

Sin embargo, el mal es necesario al bien. El hombre sabe que la mujer le es indispensable para satisfacer sus deseos, para perpetuar su existencia; necesita integrarla a la sociedad: en la medida en que ella se somete al orden establecido por los hombres, es purificada de su culpa original.

### **1. 2. 1. 2. Cristianismo**

La evolución de la condición femenina no se desarrolló en forma lineal. Con las grandes invasiones se volvió a replantear toda la civilización. El mismo derecho romano sufrió la influencia de una ideología nueva: el cristianismo, y en los siglos siguientes los bárbaros

hicieron triunfar sus leyes. Se trastornó la situación económica social y política, y la mujer sufrió el contragolpe.

La ideología cristiana no contribuyó en poco a la opresión de la mujer. En toda la primera época del cristianismo las mujeres eran relativamente honradas cuando se sometían al yugo de la Iglesia; atestiguaban como mártires al lado de los hombres, aunque no podían participar del culto sino a título secundario; las diaconesas sólo estaban autorizadas a cumplir tareas laicas: cuidados a los enfermos y socorro a los indigentes. Y si el matrimonio es considerado como una institución que exige fidelidad recíproca, parece evidente que la esposa debe hallarse subordinada totalmente al esposo. La mujer estaba siempre bajo la tutela estrechamente asociada de su esposo.

Ésa fue la tradición que se perpetuó durante la Edad Media. La mujer se encuentra en situación de dependencia absoluta respecto del padre y del marido. La mujer es casada sin su consentimiento, repudiada según los caprichos del marido, que tiene sobre ella derecho de vida y muerte; es tratada como una sirvienta. Es protegida por las leyes, pero sólo como propiedad del hombre y madre de sus hijos. Como persona no tiene ningún derecho. Sin embargo, cuando el Estado se vuelve poderoso se esboza la evolución que se cumplió en Roma: la tutela de los incapaces, mujeres y niños, deja de ser un derecho de familia para convertirse en una carga pública.

Cuando terminan las convulsiones de la Alta Edad Media y se organiza el feudalismo, la condición de la mujer se presenta incierta. Lo que caracteriza al derecho feudal es que hay confusión entre el derecho de soberanía y el de prioridad, entre los derechos públicos y los derechos privados, lo que explica que la mujer se encuentre alternativamente rebajada y elevada por ese régimen. Primero se le niegan todos los derechos privados porque no tiene ninguna capacidad política. Un feudo es una tierra que se tiene el dominio con cargo de servicio militar; la mujer no podría tener el dominio feudal porque es incapaz de defenderlo. Su situación cambia cuando los feudos se vuelven hereditarios y

patrimoniales; a falta de herederos masculinos la hija podía heredar. De ahí proviene que el feudalismo admita también, hacia el siglo XI, la sucesión femenina. Sin embargo, la suerte de la mujer no mejora por el hecho de que pueda heredar; ella necesita un tutor masculino, y el marido desempeña ese papel: es él quien recibe la investidura, quien lleva el feudo y quien tiene el usufructo de los bienes. La mujer es el instrumento a través del cual se transmite el dominio, no su tenedora; por lo tanto, no está emancipada, pues es absorbida de cierto modo por el feudo, forma parte de los bienes inmuebles. El dominio ya no es cosa de la familia, como en los tiempos de la gens romana; ahora es propiedad del soberano, y la mujer pertenece también al soberano. Es él quien le elige un esposo; cuando tiene hijos, antes se los da a él que a su marido: ellos serán los vasallos que defenderán sus bienes. Por lo tanto, es esclava del dominio y del amo de ese dominio a través de la protección del marido que le han impuesto.

En el siglo XIII en el plano religioso se desarrolla una mística de la mujer: los ocios de la vida de castillo permiten a las damas nobles hacer florecer en torno de ellas el lujo de la conversación, de la buena educación y la poesía. La mujer puede liberarse de una obligación monetaria tan bien como el hombre; el feudo no es entonces más que un simple patrimonio y ya no hay razón para que los dos géneros no seas tratados en un pie de igualdad. Soltera o viuda, tiene todos los derechos del hombre; la propiedad le confiere soberanía: si posee un feudo lo gobierna, lo cual significa que administra justicia, firma tratados y decreta leyes.

### **1. 2. 2. Movimiento Feminista y Jornadas Laborales**

En el siglo XIX la polémica del feminismo vuelve a convertirse en una polémica de partidos; una de las consecuencias de la Revolución Industrial es la participación de la mujer en el trabajo productivo; en ese momento las reivindicaciones femeninas salen del

dominio teórico y encuentran bases económicas; sus adversarios se vuelven entonces mucho más agresivos, y aunque la propiedad raíz haya sido en parte destronada, la burguesía adhiere a la vieja moral que ve en la solidez de la familia la garantía de la propiedad privada, y reclama a la mujer en el hogar con tanta mayor aspereza cuanto que su emancipación se vuelve una verdadera amenaza; en el seno mismo de la clase obrera, los hombres han intentado frenar esa liberación, porque veían peligrosas competidoras en las mujeres, ya que estaban acostumbradas a trabajar por bajos salarios.

En la Edad de Piedra, cuando la tierra era común a todos los miembros del clan, el carácter rudimentario de la azada, de la pala primitivas, limitaba las posibilidades agrícolas: las fuerzas femeninas se adecuaban a la medida del trabajo que exigía la explotación de los huertos. En esa división primitiva del trabajo los dos géneros ya constituyen, de alguna manera, dos clases, y entre esas clases hay igualdad; en tanto el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar, pero las tareas domésticas abarcan un trabajo productivo: fabricación de alfarería, tejido, jardinería, y por eso la mujer desempeña un gran papel en la vida económica. Con el descubrimiento del cobre, del estaño, del bronce y del hierro, y con la aparición del arado, la agricultura extiende su dominio y entonces se exige un trabajo intensivo para desmontar los boques y hacer fructificar los campos. En ese momento el hombre recurre al servicio de otros hombres, a quienes reduce a la esclavitud. Aparece la propiedad privada: dueño de los esclavos y de la tierra, el hombre se convierte también en propietario de la mujer. Ésa es la gran derrota histórica del sexo femenino. Esa historia se explica por el trastorno que se opera en la división del trabajo como consecuencia de la invención de los nuevos instrumentos.

La misma causa que había asegurado a la mujer su autoridad en la casa (su confinamiento en los trabajos caseros) aseguraba ahora la preponderancia del hombre; el trabajo casero de la mujer desaparecía al lado del trabajo productivo del

hombre; ese trabajo era todo, y aquel otro un anexo insignificante. (Beauvoir (ob. cit) p. 76)

El derecho paterno se sustituye entonces al materno: la transferencia del dominio se hace de padres e hijos, y ya no de la mujer a su clan. Ésta es la aparición de la familia patriarcal, fundada sobre la propiedad privada. En semejante familia la mujer es oprimida. El hombre reina como soberano y, entre otros, se permite caprichos sexuales: se acuesta con esclavas o rameras, es polígamo. Una vez que las costumbres vuelven posible la recíproca, la mujer se venga por medio de la infidelidad: el matrimonio se completa en forma natural con el adulterio. Es ésta la única defensa de la mujer contra la esclavitud doméstica que se le impone: la opresión social que sufre es consecuencia de su opresión económica. Sólo podrá restablecerse la igualdad cuando ambos sexos gocen de derechos jurídicamente iguales, pero esa liberación exige la vuelta de todo el género femenino a la industria pública.

La mujer sólo podrá ser emancipada cuando tome parte en gran medida social en la producción, y el trabajo doméstico la reclame en medida insignificante. Y eso no ha sido posible hasta la gran industria moderna, que no sólo admite el trabajo de la mujer en gran escala, sino que lo exige formalmente. (Beauvoir (ob. cit) p.77)

El problema de la mujer se reduce al de su capacidad de trabajo. Poderosa en los tiempos en que las técnicas eran adecuadas a sus posibilidades, y destronada cuando se volvió incapaz de explotarlas, la mujer encuentra en el mundo moderno su igualdad con el hombre.

La división del trabajo por sexos, y la opresión que resulta de ella, evocan en ciertos puntos la división de clases, pero no sería posible confundirlas; en la ruptura entre las clases no hay ninguna base biológica; en el trabajo, el esclavo adquiere conciencia de sí contra el amo; el proletario ha experimentado siempre su condición en la revuelta.

La diferencia de la situación de la mujer, a causa de la comunidad de vida y de intereses que la vuelven solidaria con el hombre y por la complicidad que éste encuentra en ella, en quien no habita ningún deseo de revolución y a la cual no le sería posible suprimirse como sexo: solo pide que sean abolidas ciertas consecuencias de la especificación del género.

Hubo algunos movimientos feministas: en 1789 la escritora y dramaturga Olimpia de Gouges propuso la Declaración de los Derechos de la Mujer, en la que pedía que fuesen abolidos todos los privilegios masculinos. Un año más tarde suprimieron el derecho de primogenitura y el privilegio de masculinidad; en materia de sucesión, las jóvenes y los varones son iguales; en 1792 una ley establece el divorcio, y de ese modo atenúa el rigor de los lazos matrimoniales. Las mujeres de la burguesía estaban demasiado integradas a la familia para conocer entre ellas una solidaridad concreta; no constituían una casta separada, susceptible de imponer reivindicaciones: económicamente, su existencia era parasitaria. Así, mientras las mujeres que hubiesen podido participar de los acontecimientos, pese a su género, se veían impedidas de hacerlo en función de clase, las de la clase agitadora estaban condenadas a permanecer al margen por su condición de mujeres. Sólo cuando el poder económico caiga en manos de los trabajadores, le será posible a la mujer trabajadora conquistar las capacidades que la mujer parásita, noble o burguesa, no ha obtenido jamás.

Durante la liquidación de la Revolución la mujer goza de una libertad anárquica. Pero al reorganizarse la sociedad se ve otra vez duramente sometida. Desde el punto de vista feminista, Francia estaba adelantada con respecto de los otros países, pero, para desgracia de la Francia moderna, su estatuto se decidió en tiempos de dictadura militar; el Código Napoleón, que estableció su suerte durante un siglo, retardó mucho su emancipación. Napoleón sólo quiere ver en la mujer una madre, como todos los militares,

pero es heredero de una revolución burguesa y no acepta romper la estructura de la sociedad y da a la madre preeminencia sobre la esposa: prohíbe la indagación de la paternidad, y define con dureza la condición de la madre soltera y del hijo natural. Sin embargo, la misma mujer casada no encuentra recursos en su dignidad como madre, con la que se perpetúa la paradoja feudal. La mujer casada es privada de la cualidad de ciudadana, lo que le prohíbe funciones tales como la profesión de abogado y el ejercicio de la tutela. La mujer debe obediencia a su marido; éste puede hacerla condenar a reclusión en caso de adulterio y obtener el divorcio contra ella. El hombre es quien determina el domicilio conyugal, y tiene más derechos sobre los hijos que la madre.

El movimiento reformista que se desarrolla en el siglo XIX es favorable al feminismo, porque busca la justicia dentro de la igualdad. Hasta ese momento, los ataques contra el feminismo habían sido llevados por los conservadores, que también combatían ásperamente al socialismo: sostenían que la mujer debe permanecer bajo la dependencia del hombre, el único que cuenta como individuo social; en la pareja no hay una asociación, lo que supondría igualdad, sino unión. La mujer era inferior al hombre.

La mujer reconquista una importancia económica que había perdido desde las épocas prehistóricas, porque se escapa del hogar y toma nueva parte de la producción de la fábrica. La máquina permite ese trastrocamiento, pues anula en casos la diferencia de fuerza física entre los trabajadores masculinos y femeninos. Como el brusco impulso de la industria reclama una mano de obra más considerable, se hace necesaria la colaboración de las mujeres. Ésa es la gran revolución que transforma en el siglo XIX: la suerte de la mujer e inicia para ella una nueva era.

A comienzos de este siglo, la mujer es explotada más vergonzosamente que los trabajadores masculinos. Resulta de esa actitud que el trabajo femenino ha sido reglamentado lenta y tardíamente, sólo dos disposiciones referentes a las mujeres: la primera prohíbe a las menores el trabajo nocturno y exige que se les otorgue descanso

los domingos y días feriados, su jornada de trabajo limitada a doce horas; la segunda refiere a las mujeres mayores a veintiún años, se les prohíbe el trabajo subterráneo en minas y canteras, y nada más. La primera Carta del trabajo femenino data del 2 de noviembre de 1892: prohíbe el trabajo nocturno y limita la jornada en fábrica, pero deja la puerta abierta a todos los fraudes. En 1900 se limita la jornada a diez horas; en 1905 se vuelve obligatorio el descanso semanal; en 1907 la trabajadora obtiene la libre disposición de su salario; en 1909 se garantizan licencias pagas a las mujeres embarazadas; en 1911 se retoman imperativamente las disposiciones de 1892 antes mencionadas; en 1913 se reglan las modalidades concernientes al reposo de las mujeres antes y después del parto, y se les prohíben los trabajos peligrosos y excesivos. Poco a poco se constituye una legislación social y el trabajo femenino se rodea de garantías de higiene.

Una segunda consecuencia de la inercia resignada de las trabajadoras ha sido el salario con el cual se han debido contentar. El motivo del bajo nivel de los salarios femeninos es un fenómeno acerca del cual se han propuesto diversas explicaciones y se vincula a una serie de factores. No basta decir que las necesidades de las mujeres son menores que las de los hombres: ésa no es más que una justificación a posteriori. Antes las mujeres no han sabido defenderse de sus explotadores, tenían que soportar la competencia de las prisiones que inundaban el mercado de productos fabricados sin gasto de mano de obra. La mujer busca emanciparse por medio del trabajo en una sociedad en la cual subsiste la comunidad conyugal: ligada al hogar de su padre o de su marido, se contenta, por lo general, con aportar un extra al hogar; trabaja fuera de la familia, y puesto que no debe subvenir a la totalidad de sus necesidades, se ve obligada a aceptar una remuneración muy inferior a la que exige un hombre.

En Francia entre los años 1889 y 1893 la trabajadora obrera ganaba la mitad del salario del hombre por una jornada igual de trabajo. En 1908 los salarios horarios más altos de

las obreras a domicilio no iban más allá de veinte céntimos por hora, y descendían hasta cinco: una mujer explotada de esa manera no podía vivir sin limosna o sin un protector. En 1918, la mujer sólo ganaba la mitad del salario masculino. En esa época, por la misma cantidad de carbón extraída de las minas alemanas, la mujer ganaba alrededor del veinticinco por ciento menos que los hombres. Hasta 1943 los salarios femeninos se elevaron algo más rápidamente que los masculinos, aunque han seguido siendo netamente inferiores.

En cuanto a los derechos políticos en Europa, principalmente Francia e Inglaterra, no fueron conquistados sin esfuerzo. En 1867, el filósofo, político y economista Stuart Mill hacía en el Parlamento inglés el primer alegato que se haya pronunciado nunca oficialmente a favor del voto de la mujer: reclamaba imperiosamente la igualdad de la mujer y del hombre en la familia y en la sociedad. En 1878 el pensador León Richier organizó el Congreso Internacional de los Derechos de la Mujer. El problema del voto no se encaró aún, las mujeres se limitaron a solicitar sus derechos civiles, y durante treinta años el movimiento se mantuvo tímido. En 1879, el Congreso Socialista proclamó la igualdad de los géneros; desde entonces la alianza feminismo-socialismo no volverá a ser denunciada, pero puesto que las mujeres esperan su libertad de la emancipación de los trabajadores en general, sólo adhieren de manera secundaria a su causa propia. Las mujeres burguesas, por el contrario reclaman nuevos derechos en la sociedad tal cual es, y se prohíben ser revolucionarias; quieren introducir reformas virtuosas en las costumbres: supresión del alcoholismo, de la literatura pornográfica y de la prostitución. En 1897, se vota una ley que permite a la mujer ser testigo en la justicia, pero se desestima el pedido de una doctora en Derecho, que quiere inscribirse en los tribunales. En 1898 las mujeres obtienen el electorado en el Tribunal de Comercio, el electorado y la elegibilidad en el Consejo Superior del Trabajo, y la admisión en el consejo Superior de la Asistencia Pública y en la Escuela de Bellas Artes. En 1901 se plantea por primera vez la

cuestión del voto femenino, aunque propone limitar el sufragio a las solteras y divorciadas; en este momento el movimiento feminista gana importancia.

En resumen, la historia muestra que los hombres han tenido siempre todos los poderes concretos; desde los comienzos del patriarcado han juzgado útil mantener a la mujer en un estado de dependencia; sus códigos han sido establecidos contra ella.

## **Capítulo 2. Género e Indumentaria**

En el siguiente capítulo se trata de cómo la indumentaria fue amoldándose a los cambios del género femenino, cómo influyeron el pantalón y el deporte, clave para esta transformación.

### **2. 1. Relación del género femenino e indumentaria**

Como expresa Entwistle “la moda está obsesionada con el género, define una y otra vez las fronteras de género” (2002, p. 161); esta obsesión se vuelca en la indumentaria que llevan ya sean mujeres y hombres, que muestran ese interés de marcar las diferencias de género.

La indumentaria es un rasgo cultural vital en el origen de la femineidad y la masculinidad. En otras palabras, la indumentaria convierte la naturaleza en cultura al asignar significados culturales sobre el cuerpo. La relación que podría encontrarse entre una prenda de vestir y la femineidad y/o masculinidad es que forman un conjunto justo de círculos sociales que son fijados por la cultura. De esta forma, el modo en que el vestir insinúa femineidad u hombría varía entre las culturas. En simultáneo a la distinción entre género y sexo es válida en tanto se altera la asociación popularizada de las características del cuerpo, gran parte de las feministas contemporáneas se muestran confusas ante la posibilidad de trazar una línea clara entre el género y el sexo.

Asimismo, a las mujeres se las ha vinculado durante muchos años con las labores de confección; por ejemplo, en el siglo XVII, la costura se consideraba un trabajo exclusivamente femenino, inadecuado para un hombre. Así fue como las mujeres disponían de cierto control sobre la moda. En el siglo XIX, se percibía cierta inquietud hacia la participación de la mujer en el ambiente comercial lo que llevó a impulsar nuevos

estilos de vida sobre la calidad de la mujer. Este control sobre el rubro de la moda lentamente fue disgregado con la aparición de Charles Worth, un modisto quien se hizo célebre en la década de 1850 por ser el sastre oficial de una emperatriz francesa Eugenia de Montijo.

Otro aspecto en la elección de indumentaria es el que procede del trabajo. Como manifiesta Entwistle (2002), muchos trabajos dentro de las clases sociales prescriben un uniforme o dictan claras normas sobre el vestir, restringiendo los tipos de prendas y colores aptos para el trabajo. Aún así, las profesiones, suelen operar con códigos de vestir menos rígidos que se dejan en manos de la persona para que los interprete. Es así como la adopción de los trajes sastre por las mujeres, está ciertamente relacionada con la orientación de los cuerpos femeninos hacia un contexto de lugar de trabajo masculino, que designa el traje clásico de hombre como uniforma estándar. Es así como la introducción de la mujer en este campo, primero como secretarias para luego ser ejecutivas, le obligó a adaptar una necesidad similar de uniformarse para que la designara como trabajadora, por ende, como figura pública y no privada. Sin embargo, el cuerpo femenino siempre es, al menos potencialmente, un cuerpo sexual y las mujeres no han podido escapar a esta asociación, a pesar de su desafío a la tradición de la igualdad de sexos. En otras palabras, todavía se ve a las mujeres como centradas en su cuerpo, como un objeto, mientras que se considera que los hombres lo trascienden. Por lo tanto, aunque una mujer lleve un traje sastre igual que un hombre, su identidad siempre será la de una mujer profesional, su cuerpo y su género estarán fuera de la norma masculina.

## 2. 2. El Pantalón

La Revolución Francesa modifica este sistema de vestimenta, que también es un sistema simbólico. Libertad, igualdad, fraternidad, simplicidad, naturalidad, virtud son algunos de los valores de la nueva sociedad. Pero la abolición de los privilegios no pone fin a la dominación masculina aunque las relaciones entre los dos sexos evolucionen.

En *El segundo sexo* (1949), Simone de Beauvoir capta bien el reto político del pantalón.

“No hay nada tan poco natural como vestirse de mujer, sin duda, la ropa masculina también es un artificio, pero es más cómoda y simple, está hecha para favorecer la acción en lugar de entorpecerla.”

Entre todas las razones que impulsan a algunas feministas, y no a las feministas en general, a reivindicar el pantalón hay una fundamental que es importante explicar de entrada: el pantalón es una prenda cerrada. El pantalón femenino del siglo XIX que designa en realidad un calzón interior, generalmente con un orificio, es decir, abierto. El pantalón no es simplemente práctico, una noción eminentemente fluctuante y dependiente de múltiples variables de apreciación. Simboliza lo masculino, así como los poderes y las libertades de que gozan los hombres. En el siglo XX se vuelve moderno, se banaliza sin hacer desaparecer la falda.

El pantalón es el marcador del género más importante para la historia occidental de los dos últimos siglos. Se erige como emblema de la virilidad. Ahora bien, con la Revolución Francesa, el pantalón también se asocia estrechamente a los valores republicanos y se convierte en el siglo XIX en uno de los elementos del nuevo régimen indumentario, que refleja el orden burgués y patriarcal que se establece. La conquista del símbolo por parte de las mujeres sólo puede expresar el deseo de igualdad de los sexos, a pesar de que, en el ámbito individual, quizá no se trate más que de una identificación masculina sin dimensión política o simplemente de la elección de una prenda práctica.

## 2. 3. Deportes

A finales del siglo XIX se instala entre las mujeres de los medios acomodados el éxito de deportes tales como el alpinismo, la esgrima, el patinaje, la navegación a vela, el golf, el tenis o el ciclismo. Se trató de un gran cambio, es la primera vez en la historia del deporte que las mujeres participan de él, eran actividades netamente masculinas.

Para Inès Gaches-Sarraute, “si la mujer vio en la bicicleta un elemento de liberación, era muy natural que reclamara, al practicar este deporte, el atuendo de su compañero, puesto que sólo el hombre, hasta el momento, era libre y puesto que él hizo de su traje símbolo de su libertad” (Bard (2012) p. 163).

En 1912 la bicicleta ha hecho más por la emancipación de la mujer que todos los esfuerzos del movimiento feminista juntos.

El automóvil no hace correr tanta tinta, trastorna menos la apariencia y se beneficia de la progresiva aceptación del ciclismo femenino. Las conductoras se enfrentan a la velocidad y el polvo con grandes abrigos de piel y cascos de cuero que hacen dudar su identidad sexual.

Conducir es también un medio de sustento presente en las imágenes, que muestran a las mujeres cocheras de la *Belle Epoque* desafiando a la intemperie cubiertas con un amplio abrigo más o menos unisex. El vínculo entre la conducción automovilística y la emancipación femenina es tanto más fácil de establecer cuanto que varias conductoras militan por los derechos de las mujeres.

Como afirma Bard (2012) las trabajadoras no son una minoría despreciable; en 1906 representan más de un tercio de la población activa en Francia. Su actividad en la industria es más visible y su presencia en las profesiones masculinas, consecuencia lógica de su acceso a los estudios superiores, se comenta más ampliamente.

Con el deporte femenino, no se hace más que llevar hasta el extremo la masculinización inherente de la propia función de la ropa deportiva. En ese momento, a principios de siglo XX, algunas figuras más consensuales supieron quitar el miedo al pantalón.

A partir de 1907, las fotos de las mujeres alpinistas muestran que se han pasado a las prendas masculinas. Este deporte, por otra parte considerado como muy masculino, exige iniciativa y autocontrol. Entre 1910 y 1914, otras pioneras atraen la atención poco después: las aviadoras. La primera en volar fue Thérèse Peltier, llevaba vestido largo y corsé. Hélène Dutrieu, por su parte, no lleva corsé. Se hace confeccionar un traje especial que comporta un pantalón (1909). Es una deportista experta, campeona de ciclismo, acróbata en el *Music Hall* en bicicleta y en moto. Es la primera que vuela durante más de una hora seguida y la primer mujer piloto de hidroavión.

Una mujer acostumbrada a la falda calzón, Marie Marvingt (1875-1963), apodada la novia del peligro y extraordinaria campeona en múltiples deportes, alpinista, esquiadora y piloto famosa. Enfermera de la Cruz Roja durante la guerra sueña con misiones más arriesgadas. La ocasión se le presenta cuando sustituye a un piloto herido; su participación en los combates aéreos le vale la Cruz de Guerra 1914-1918. Estimulada por la reputación de los combates en tierra, se disfraza de hombre para ser incorporada a un batallón de cazadores alpinos.

### **Capítulo 3. Concepto de Moda**

Tal como define Entwistle “la moda está pensada para el cuerpo: es creada, promocionada y llevada por el cuerpo, es quien lleva la mayor parte de la experiencia del vestir” (2002, p. 6). Aún así, no es el único factor que influye, se dan otros como sexo, clase social, ingresos y tradición. Una prenda de moda es aquella que encarna la última tendencia estética, es la definida en un momento dado como deseable, bella y popular.

#### **3. 1. Definición de Moda**

Estudiar la moda comprende desde la producción hasta la distribución y el consumo, es decir, que para poder entenderla es necesario conocer la relación que se da entre las diversas entidades que actúan en el sistema de la moda; tales como escuelas técnicas de modas y sus alumnos, diseñadores y empresas de diseño, sastres y costureras, modelos y fotógrafos, editores, distribuidores, compradores, tiendas y usuarios. Vale la aclaración de que sin promoción la moda no lograría cumplir con su primer objetivo, el de marcar el último estilo o tendencia. Entonces, al mismo tiempo que se menciona la moda, se está haciendo referencia a una serie de organizaciones interconectadas y con puntos de coincidencia implicadas en la producción y promoción de las prendas, así como en las acciones de las personas al actuar sobre sus cuerpos cuando se visten.

Muchos autores no toman la moda como un modelo exclusivo del vestir y, de hecho, no hacen referencia a la misma salvo para disputar que es un error por parte de los investigadores considerar la moda como una característica exclusiva de sociedades con una tecnología compleja. Por otra parte, los artículos expresados las disciplinas de la actualidad, han argumentado persuasivamente que la moda se ha de considerar como un sistema distintivo para la provisión de prendas. La moda es entendida como un sistema histórico y geográfico específico para la producción y organización del vestir, que surgió

en el transcurso del siglo XVII en las cortes europeas, especialmente en la corte francesa de Luis XIV, y que se desarrolló con el auge del capitalismo mercantil. Las razones para considerar la moda como un sistema específico histórico y geográfico son rotundas y convincentes, hay varias características que forman la definición comúnmente aceptada de la moda: como explica Entwistle J. (2002) la moda se puede tomar como un sistema de vestir que se encuentra en sociedades donde la movilidad social es posible, cuenta con sus propias relaciones de producción y consumo, se caracteriza por una lógica de cambio regular y sistemático.

La moda no sólo se refiere a la producción de algunos estilos de élite o populares, sino también a la producción de ideas estéticas que sirven para estructurar la recepción y el consumo de estilos. El sistema de la moda, como expresa la autora antes mencionada, no sólo comprende la fabricación y la provisión de ciertos estilos de confección, sino también la comercialización, venta al detalle y procesos culturales; todo esto para producir moda y al hacerlo estructura casi todas las experiencias del vestir cotidiano.

Sin embargo, la moda no es el único determinante en el vestir cotidiano. Una de las tendencias de la moda es hacer hincapié en ella como la principal fuerza determinante de la vestimenta en cualquier circunstancia. Aunque la moda sea importante para definir estilos en un momento dado, éstos siempre están mediatizados por otros factores sociales como la clase, el género, la etnia, la edad, la ocupación, los ingresos y la forma del cuerpo. No todas las modas son adaptadas por todos los públicos: en algunas ocasiones algunos aspectos de la moda pueden ser aceptados, mientras que en otra son rechazados. Las distintas situaciones imponen diferentes formas de vestir, unas veces imponiendo reglas o códigos de vestir, otras simplemente mediante convenciones que la mayoría de las personas acepta.

Entwistle afirma: “La moda está obsesionada con el género, que está siempre trabajando y rehaciendo las barreras del género, y por ende, cualquier consideración del vestir no puede dejar a un lado el reconocimiento del género” (2002, p. 64). En otras palabras, si la moda está obsesionada con el género y juega continuamente con el límite del mismo, es versátil la manera de cómo éste se establece en el vestir. Además, la moda ha influido e intervenido en la expresión del género y en las diferencias de sexo, que, poco a poco, se han ido relacionando a la feminidad.

Al mismo tiempo, la moda prospera en un mundo de inestabilidad social, determinado por los conflictos de clases y políticos, la urbanización y la innovación estética. El ritmo activo y enérgico de variaciones y transformaciones, que provenía de la segunda etapa de la Revolución Industrial (1880 – 1914), continuó hasta el siglo XX, que sin duda se encontraba en mayores crisis sociales y políticas que culminaron en las dos guerras mundiales. La modernidad convoca una sucesión de avances y progresos: la industrialización, el crecimiento del capitalismo, la urbanización, el surgimiento del individualismo privatizado y el desarrollo de la cultura de masas.

En tanto, la moda consigue un nuevo valor sentido, representa el medio por el cual los individuos expresan su identidad y transitan la ciudad sin prestar atención, actúa como un escudo con el que se resguarda. Esto quiere decir que una persona puede recurrir a la moda para inventar una nueva identidad, es decir, que, gracias a la moda y el vestir, según las prendas que elija, la persona puede expresarse y comunicar estados y sentimientos.

Por otra parte, evidencia cierta oposición entre la conformidad y la diferenciación, formula las ambiciones contradictorias de encajar y destacar. Como explica Entwistle (2002) la moda es la imitación de un modelo y satisface la demanda de adaptación social, al mismo tiempo, satisface también la necesidad de diferenciación de la tendencia hacia la similitud, el deseo de cambio constante y de contraste. Es así, como ciertamente en

relación a la identidad de clase, la modernidad abrió nuevas posibilidades para la creación de la identidad: excluyó a los individuos de las comunidades tradicionales.

Sin embargo, la relación entre la moda y la identidad de clase no es tan evidente en el siglo XX, como lo fue en el XIX, como indica Entwistle. J.:

La moda más avanzada, una vez reservada a una pequeña élite, se ha democratizado y ha llegado a más personas que antes. Además, la jerarquía de la moda entre las clases se ha invertido, puesto que los estilos más avanzados ya no se encuentran necesariamente en la cumbre de la escala social, sino que emergen de la calle. Las identidades distintivas se siguen marcando mediante la ropa y el estilo, pero su posición desafía los conceptos tradicionales de posición social vinculada a la clase. (2002, p. 153)

Comenzado el siglo XX, en Europa aún se podía diferenciar entre las clases según su indumentaria: los hombres y mujeres trabajadores solían llevar zuecos en lugar de zapatos, mientras que la gorra de tela solía ser el símbolo por excelencia del trabajador, a diferencia del sombrero de la clase alta. Aunque estos clichés son evidentes, ilustran al menos simbólicamente, la relación entre la indumentaria y las identidades de clase que existieron alguna vez. A mediados del siglo XX, el avance de la producción de ropa en serie, junto al creciente bienestar de la clase trabajadora, hicieron que la moda llegara a un número de personas más extenso que nunca, lo que supuso que las fronteras entre las clases en cuanto a estilo ya no estuvieran tan claras. En la actualidad, la identidad de clase está menos vinculada que nunca a estilos particulares de vestir. La democratización de la moda empaña de nuevo las diferencias entre una élite moderna y la masa; los estilos de vestir y el gusto en la ropa son sólo una parte de la ecuación; el modo en que la persona lleva estas prendas, cómo lleva el cuerpo, es igualmente importante. El cuerpo es el portador del prestigio social no sólo por cómo está vestido, sino también por cómo se conduce, se mueve y habla. (Entwistle, J. 2002)

En síntesis, la moda es una industria con relaciones específicas en cuanto a producción, consumo, identidad, género y sexualidad; es una industria de gran trascendencia económica, medioambiental y cultural. Así fue como la moda ha sido importante en el desarrollo de la industria textil puso en marcha la segunda etapa de la Revolución Industrial; la producción de la moda se ha alimentado del trabajo de obreros y mujeres de clase trabajadora.

### **3. 2. *Belle Epoque*: últimos años**

Mujer nueva, así es como la *Belle Epoque* designa a un nuevo tipo de mujer, según Bard, C. (2012), define a la mujer emancipada, influenciada directa o indirectamente, por el feminismo. El rechazo del atuendo tradicional es la manera más frecuente de esbozar el personaje, que navega entre ficción y realidad. Antes de los felices años veinte y sus *garçonnes*, la *Belle Epoque* vive intensos cambios político-indumentarios. El impulso dado por el ciclismo simplifica la forma de vestir femenina. El traje de dos piezas en diversas formas tiene un impacto destacable. Además, surge una nueva dificultad en la forma de vestir, relacionadas con el ocio y el deporte, disminuyen la distancia entre la apariencia masculina y femenina.

Las importantes transformaciones del traje femenino en el cambio de siglo no pueden atribuirse sólo a la influencia de las ideas feministas. También hay que tener en cuenta la preocupación creciente de la higiene, el deseo cada vez mayor de proteger el cuerpo materno, apoyado por el auge de la natalidad, la fe en el progreso y el entusiasmo por la modernidad, a lo que se une la anglomanía, que favorece el abandono del corsé y la moda deportiva, así como el trabajo de las mujeres, que en 1906 representan más de una tercera parte de la población activa.

A finales del siglo XIX, la moda se simplifica para las actividades de ocio. El traje chaqueta, inspirado en la americana masculinidad, se considera ahora indispensable para tomar el tren, visitar exposiciones y pasear.

El siglo XX comenzó con mujeres encorsetadas y con faldas largas y ha terminado con prendas separadas que se pueden llevar en público sin peligro de censura. Este cambio fue el resultado de avances sociales, económicos, políticos y culturales. Según algunos autores, como Entwistle (2002), la Primera Guerra Mundial fue en muchos aspectos la línea divisoria entre el siglo XIX y la actualidad. Sin embargo, aunque el vestido femenino del período anterior parece sorprendentemente distinto al del estilo de prenda más ancha de la posguerra, no se puede suponer que Gran Guerra provocó el cambio en la moda. De hecho, mientras los corsés, los apretados polisones y las pesadas faldas se sustituyen por prendas más fluidas. Aún así, las mujeres no consiguieron la misma posición que los hombres durante este período y, hasta cierto punto, la emancipación en las modas y las costumbres sociales.

Sin embargo, las actitudes cambian respecto al género. Durante los años 1901 y 1910, cada vez más mujeres practicaban deportes, como tenis, *badminton*, baloncesto, entre otros, lo cual influyó para promover un estilo de vestir más relajado y menos opresivo para las jóvenes y las mujeres maduras. Este estilo fue representado por la *Gibson Girl*, cuyo distintivo cuerpo en forma de S dominaba la iconografía de las mujeres del novecientos, y cuyas actitudes y estilo de vida encarnaba a la mujer activa de aquel momento y marcaban el comienzo de la cultura de los jóvenes del siglo XX. La bicicleta también desempeñó un papel importante, su popularidad se hizo mayor a finales del siglo XIX y principios del XX, dio a la mujer más libertad de movimiento y ayudó a romper gradualmente el tabú sobre las prendas separadas. No obstante, los pantalones siguieron siendo socialmente inaceptables para la mujer respetable incluso en los emancipados años veinte. Las transformaciones en la ropa de la mujer de principios de siglo XX están

representadas en el estilo de Gabrielle Chanel, que hacia la Primera Guerra Mundial ya había empezado a diseñar algunas de las primeras modas modernas para las mujeres. El estilo de *sweaters* cortos de esta diseñadora, los vestidos y trajes lisos captaban la esencia del guardarropa de la mujer moderna; el estilo Chanel habría de convertirse en el paradigma del estilo del siglo XX.

La diferenciación de género sigue siendo una característica persistente de la moda y parece que seguirá siendo de ese modo. Aunque algunas modas recientes puedan parecer andróginas, dichos estilos no han abolido las diferencias de género en el vestir. De hecho, la androginia ha sido un tema que ha estado presente en la moda del siglo XX y que ha adoptado numerosas formas con el transcurso del siglo. La *flapper* de los años veinte representa la primera expresión de un intento de aproximación al estilo andrógino. Estas mujeres no llevaban corsé, lucían un corte de cabello corto especial llamado *bob cut*, escuchaban jazz, una música no convencional para esa época; bebían licores fuertes, fumaban, conducían automóviles con frecuencia a mucha velocidad y tenían otras conductas similares, que eran un desafío a las leyes o contrarias a lo que se consideraba en ese entonces socialmente correcto.

Entre 1900 y 1910, Seeling afirmó que “la protagonista de la moda, quien dio sus primeros pasos en la Exposición Universal de París, fue la Alta Costura francesa”. (2000, p. 17). Desde entonces, París se estableció como la capital mundial de la moda, un título que ha ostentado durante casi todo el siglo.

Por primera vez las mujeres asumieron la dirección de la exposición de la moda, ya que el mundo de la costura estaba dominada por los hombres, que estaban convencidos de que el cuerpo femenino debía comprimirse y cubrirse de postizos para recrear la forma ideal de un reloj de arena: frágil en la cintura, exuberante en la parte de arriba y en la de abajo. Vista de perfil, la silueta recordaba a la letra S de curvas más o menos pronunciadas según el corsé y el tamaño del polisón. El vestuario femenino, como varios

autores expresan, constaba de un cuello, alto y estrecho, acompañado por un sombrero, uno de los grandes accesorios, que se usaba algo inclinado hacia delante y asumía la función de contrapeso para equilibrar la silueta. El adorno máspreciado eran las pesadas plumas de avestruz, ya que su elevado precio las convertía en un símbolo de posición social. El cuerpo de corte ceñido se llevaba sobre el corsé, que a su vez se cubría con el cubrecorsé. Las faldas, hasta el piso, eran más anchas en las caderas y caían de forma acampanada. En la parte posterior, estaban decoradas con pliegues y a menudo rematadas por una pequeña cola. Los zapatos o botines eran puntiagudos y se apoyaban sobre medios tacones barrocos.

En cuanto a la ropa de día, se usaban telas de lino, terciopelo y lana y los colores más comunes eran los tonos rosa, azul o malva, pasteles claros o apagados. La simplicidad del corte intentaba compensarse con costosos ornamentos, galones, cintas, cordones, lazos, aplicaciones y volados. Por la noche era indispensable recurrir a la seda, a las puntillas y encajes, a la muselina, el tul, el chifón y al satén. Los trajes presentaban ricos adornos y escotes muy generosos. Las joyas de moda eran las perlas. La mujer de mundo parecía estar en todo momento a punto de ir a una fiesta al aire libre.

Ésta era la indumentaria de la *femme ornée*, es decir la mujer adornada de la *Belle Époque*. Aun así, pronto llegaría el turno de la *femme liberée*, a cuya liberación en el plano del vestuario contribuyeron un gran número de diseñadores. No obstante, ninguno se propuso revolucionar la moda con tanto ahínco como Paul Poiret.

“La moda necesita un tirano: con esa afirmación Paul Poiret definió exactamente las carencias de la moda a principios del siglo XX. Él se consideraba el único capaz de asumir el papel de déspota ilustrado.” (Seeling 2000 p. 23). En lo que a moda se refiere, Poiret era y es considerado el artífice de la liberación de las mujeres, sobre todo si se piensa que lo único que le importaba era su propia fama y que para él la medida de las cosas era su propio gusto. Poiret tenía motivos para vanagloriarse de haberle ganado la

batalla al corsé. Poiret se inspiró en el modernismo que reinaba en Europa y en el Directorio del siglo XVIII; es posible que, incluso, estuviera influido por el vestido de la Reforma que, en Inglaterra, los artistas y las feministas se forzaban por encontrar. Finalmente, en 1906, diseñó un traje sencillo, entallado directamente bajo el busto y que caía en forma recta hasta los pies. Si se compara con las bellezas encorsetadas y adornadas de la *Belle Époque*, la nueva mujer Poiret era modesta, joven y de movimientos libres. Era evidente que bajo sus vestidos livianos se escondía una hermosa figura y no un buen corsé. La desaparición del corsé, que el innovador modisto sustituyó por sujetadores flexibles y ligas flojas, no era lo único que hacía parecer a las mujeres más jóvenes y activas. Contribuyeron a ello los colores vivos y los estampados sencillos que aparecieron en lugar de los densos tonos pastel y las insignificantes guirnalda de flores. Poiret desterró las medias negras para dar lugar a las de seda color carne. Pero aquél estilo, que se basaba en la sencillez, empezó pronto a decaer. El modisto subía cada vez más el talle y, en consecuencia, los pechos. Además, sus escotes eran cada vez más pronunciados y sus faldas, más estrechas.

A principios de siglo XX, los cánones de belleza exigían tener una piel delicada, translúcida y una cintura estrecha. No se podía permitir que la piel apareciera bronceada por el sol o ni siquiera sonrosada, como si formara parte de la clase trabajadora. Al contrario, debía ser blanca como la nieve, al menos al llevar traje de noche. Las feministas consiguieron que el maquillaje de color se aceptara; su lucha porque se reconociera la superioridad moral y la belleza natural de la mujer tuvo como consecuencia que las primeras sufragistas, por ejemplo, se presentaban en público muy arregladas, bien vestidas y cuidadosamente maquilladas. Cuanto más independiente eran las mujeres, más las imitaban.

Por otra parte, Seeling (2000) menciona a una modista revolucionaria: Madeleine Vionnet, quien inventó el corte al bias y drapeados que, hasta hoy nadie ha podido

superar. El vestido se considera una obra maestra, cuya caída perfecta se debe a una única costura, que para su innovadora constituía el objetivo más elevado. Es posible que su habilidad para crear los cortes más refinados, a partir de formas simples, como cuadrados y triángulos, se deba a su pasión por la geometría.

La diseñadora comenzó por eliminar el corsé y acortar los bajos, estudió el cuerpo femenino como lo haría un anatomista, ya que su intención era recuperar la belleza natural de la mujer. Consiguió que las costuras, hábilmente colocadas, obligaran al vestido a adaptarse a la silueta. Se trataba de un cambio radical, ya que hasta entonces se buscaba el efecto contrario; es decir, que el cuerpo se plegara a la moda del momento. Para conseguir su objetivo, la modista se convirtió en escultora al bocetar sus diseños sobre un maniquí de madera en lugar de dibujarlos sobre papel. Este método le permitía envolver el cuerpo con la tela y experimentar la mejor manera de adaptarla a las redondeces del primero. Así, en primer lugar, hizo uso de los drapeados y luego del célebre corte al bias. Otro de los factores influyentes y relevante de Vionnet fue la tela; únicamente los tejidos más sutiles se adaptan al movimiento del cuerpo, por lo que la modista empleó exclusivamente crespón de tela, muselina, terciopelo y satén; encargaba las piezas con un ancho especial, dos metros para poder cortar sus patrones en diagonal. Lejos de estar interesada en el color, le bastaban el blanco y sus matices, lo que contribuía a dar a sus modelos un aire clásico. Sus adornos se limitaban a bordados o rosas y nudos estilizados; que cumplían una función que sobrepasaba lo meramente decorativo, pues recogían la tela en puntos estratégicos para hacer innecesarias las costuras. La diseñadora procuró en todos los casos que los adornos no recargaran el vestido, su objetivo era que los bordados siguieran la dirección de los hilos, de manera que el traje se adaptara a los movimientos. Tanto fue así que, por ejemplo, cosía cada fleco de seda de forma separada para preservar la elasticidad del material. "En definitiva, sus diseños no debían ser solo ropa, sino auténticos compañeros de la mujer", dice

Seeling (ob. cit, p. 75). Una de sus frases de cabecera era: cuando una mujer sonríe, su vestido debe sonreír también.

Durante la siguiente década, los dorados años veinte fueron la época del jazz, del charleston, de los cortes de pelo a la *garçonne*, de los labios pintados de rojo, del amor libre, de los cigarrillos, del control de natalidad y de las faldas cortas; y, hacia su final, la Gran Depresión. Los denominados Años Locos duraron cinco años, de 1924 a 1929, si bien fue un período corto, se vivió intensamente.

Tras el horror de la guerra todo el mundo quería divertirse, y aquella necesidad de recuperar el tiempo perdido fue satisfecha por posibilidades inesperadas. Las mujeres vieron cómo se les abrían gran número de puertas. Se incorporaron plenamente a la vida laboral, que estaba mejor considerada y mejor pagada que la ocupación de ama de casa. Con su sueldo, su mayor inversión era en su propio aspecto, invertían ese dinero a su libre albedrío y sin rendir cuentas a nadie; si no estaban casadas.

El culto a la juventud fue una fantasía de los años veinte. Se vivía a toda velocidad, el automóvil dejaba atrás a las viejas carrozas, se bebía alcohol para reponer fuerzas, se amortiguaba la sensación de hambre o de culpa con nicotina y opio, se bailaba hasta caer rendido. Todas las mujeres de la época se cortaban el pelo, se maquillaban y se perfumaban como si fueran estrellas de cine. A parte de lo mencionado, el estereotipo carecía de atributos sexuales definidos: la imagen típica de la década de los veinte ha eliminado la dama dura; así como la inflación, el hambre, el paro y los conflictos políticos. Había llegado el *glamour* exclusivamente de una juventud privilegiada que supo convertir un fugaz período de esplendor económico y cultural en una continua fiesta.

“Los primeros años de dicha década estuvieron marcados por la inseguridad, incluso en lo que a la moda se refiere”, asegura Seeling (ob. cit, p. 94). En un principio, y por razones prácticas, las faldas siguieron siendo tan cortas como durante la guerra. Sin

embargo, los modistos de la época no querían quedarse al margen y pronto se propusieron convertir aquellas chicas emancipadas en damas y que, según su opinión, llevan faldas largas; no se pudo conseguir que llegaran hasta el suelo, si lo hicieron hasta los pies. En 1925, el dobladillo de las faldas aún cubría las rodillas, pero dos años más tarde, ya se permitía mostrarlas. Ese instante marcó el nacimiento del estilo que hoy se identifica con los Años Veinte: un vestido suelto con tirantes estrechos para las jóvenes modernas, aquellas niñas dulces mimadas.

Por primera vez en la historia de la moda, los vestidos de día eran tan cortos como los trajes de noche. Los tejidos escaseaban y había que estimular el ingenio para confeccionar vestidos espectaculares con medios escasos. Una de las tendencias que reinaba era la de sugerir la desnudez; básicamente se utilizaban tejidos transparentes, que se recubrían en puntos estratégicos con perlas falsas o flecos de seda, y que durante el baile destacaban lo que en realidad debían ocultar. Se llevaban medias claras que parecían una segunda piel, que se fabricaban en seda natural o artificial. Era posible contemplar la piel al desnudo, pues los escotes delanteros y traseros prácticamente llegaban hasta la cintura, aunque sin mostrar nada. Gracias a estas transformaciones, las jóvenes liberadas podían pasar la noche bailando, pues sus trajes no pesaban prácticamente nada; dado que los vestidos eran casi inexistentes, los abrigos debían ser opulentos y proteger del frío. Con ellos se envolvía el cuerpo; las mujeres que tenían estilo, los cerraban con una sola mano, si no era el caso, se recurría a un único botón de gran tamaño. Como mínimo, el suntuoso cuello de esmoquin y los anchos puños debían confeccionarse en piel de largo pelo, aunque, era mucho mejor si todo el abrigo era de piel. Por otra parte, los complementos se apreciaban, no tanto por su valor material como por su capacidad de llamar la atención. Así, era más codiciada una boquilla larga, con la que se podía jugar de manera tan lujuriosa, que un collar de perlas, que de todas maneras no tenían por qué ser auténticas. Con respecto a los zapatos en los Años Locos estaban diseñados para bailar, no podían ser muy abiertos, se sujetaban con una tira

alrededor del tobillo y presentaban medio tacón, ancho y estable. Tal era la coquetería que algunas mujeres forraban el calzado con el mismo tejido que su vestido. En general los vestidos se acomodaban un cuerpo ceñido, cintura baja y una falda acampanada hasta media pierna. Eran vestidos muy recargados, primero con lazos y estampados de flores y, más tarde, gracias a la influencia del cubismo, con motivos geométricos. Si los trajes de noche estaban influidos por la pasión por el baile, la ropa de día era deportiva. Las faldas, que apenas cubrían las rodillas, eran plisadas o ligeramente acampanadas. Además de la lana y el algodón ligero, se imponía el punto: aparecieron los primeros jerseys. En cuanto a los conjuntos deportivos, también incluían vestidos camiseros, aunque estuvieran hechos en seda. Estos diseños destacaban la cintura, lo que complacía a las mujeres que no tenían figura de adolescente. A finales de la década, los talles fueron recuperando su posición natural y las faldas se alargaron.

El 25 de octubre de 1929, el llamado Viernes Negro, el colapso de la Bolsa de Nueva York puso punto final a los dorados y breves años veinte. El dinero no tenía valor y, como consecuencia, los pobres se hundieron aún más en la miseria y muchas personas acomodadas perdieron todo su patrimonio de la noche a la mañana.

### **3. 3. Masculinización en la moda durante la Primera Guerra Mundial**

La Primera Guerra Mundial abandonó los antiguos sistemas y valores sociales que se habían empezado a resquebrajarse a finales del siglo XIX. La vida social cambió y, por ende, su visión global al acelerar los cambios en varios aspectos de la sociedad y la cultura. El nacimiento de una nueva clase media dio pie a un nuevo estilo de vida y, a medida que las mujeres salían del hogar para participar en el mundo con estudios superiores y funcionales, decidieron liberarse del corsé y buscaron prendas más prácticas.

Tal como explica Ruiz (2008) los diseñadores de moda pusieron sus esfuerzos en esbozar nuevos tipos de vestimenta. Para las mujeres que tenían una vida activa, el atuendo diario alcanzó gran funcionalidad con los trajes sastre. La moda del siglo XX evolucionó a partir de una forma encorsetada y artificial a una más natural apoyada por un sujetador.

Es por esto que indudablemente se produce una masculinización de la ropa femenina durante la Primera Guerra Mundial. Bard, C. (2012) describe como las burguesas de la moda pueden optar por un aspecto un poco militar, que sin embargo no llega hasta el pantalón o lucir el uniforme blanco de las enfermeras. El sombrero y las joyas al gusto del momento aluden explícitamente a las gorras de los militares y sus medallas. En cuanto a las obreras en las fábricas de guerra, éstas pueden llevar pantalones con una blusa de trabajo o adoptar el mono-pantalón. El pantalón no tiene nada sistemático para las suplentes. En su conjunto, el contexto de guerra desbarata las críticas habituales a la masculinización de las mujeres, que no constituye forzosamente una elección, si no más bien la adaptación temporal a una situación excepcional.

Las circunstancias obligan a las mujeres a hacer frente a nuevas responsabilidades, a trabajar en los tres grandes sectores de la economía todavía más de lo que lo hacían antes de 1914. El conflicto, sobre todo durante los primeros tres años, marca una pausa en la reivindicación feminista, reconvertida en múltiples iniciativas útiles para el país en guerra. Dan una imagen tranquilizadora de la feminidad y una visión de la ropa adaptada a las masas y bastante alejada de las modas parisinas.

Si bien se tolera una masculinización moderada, siempre se prefiere una feminidad de buena ley. En efecto, la seducción femenina, una especie de deber moral que ya de impone en tiempos ordinarios, gana en importancia a causa de la guerra; actúa sobre la moral de los soldados y no deja tener vínculos con la esperanza de un despertar de la

natalidad. También pone de manifiesto un patriotismo del consumo, puesto que es necesario apoyar a la industria francesa del vestido. a pesar de la guerra, la moda continua, sus estructuras se adaptan, las costureras se imponen en mayor número, incluso es una mujer la que accede a la presidencia de la cámara sindical de la costura creada en 1910.

“La evolución de las prendas de costura no parece unida directamente al contexto, sino más bien a la necesidad de alternar las formas, a fin de vender obligando a las consumidoras a renovar su guardarropa.” Bard, C. (ob. cit, p. 232). Continúa explicando cómo la resistencia del sector textil fue un desafío vital para Francia. En 1914, las elegantes que no quieren ir anticuadas tienen que pasarse a la crinolina de guerra, que les proporciona una silueta de forma de campana. Después, en 1917, aparece un modelo ovalado que se impone a pesar de la incomodidad, pues el bajo de la falda dificulta la marcha. Chanel apuesta en cambio por la comodidad de las prendas de punto y vende trajes sastre y vestidos, así como chaquetas y marineras que evocan la simplicidad del *sportwear* masculino.

El exceso de feminidad, es decir la exageración en la ornamentación y la sexualización en el vestir, también plantea un problema. Entre los soldados alejados de su hogar, el miedo a la traición está muy presente, y el cambio de ropa es un indicio de que sus temores están fundados. Las medias de seda son el símbolo muy sexual, de una doble traición, de sexo y de clase. La loable intención de vestirse para gustar al soldado de permiso puede volverse contra la que lo pone en práctica. Se refiere a otro símbolo del orden moral de la época, la prohibición de los trajes de gala.

Con el uso mas extendido del traje sastre, ese uniforme de retaguardia que admite la posibilidad de numerosas variaciones y evoca por su aspecto funcional la vida activa de las mujeres, se produce una evolución profunda. El vestido camisero también parece valorizado por la libertad de movimiento que da y por su parecido al atuendo de la

enfermera. La sobriedad está en el ambiente de la época, por el que plantean los sombríos colores del duelo. La carestía de la vida hace que las prendas de vestir de moda sean inaccesibles para la mayoría de los bolsillos. Los comentarios que los rodean muestran una vacilación de los valores: cuestionamiento del lujo, valorización de lo que es simple, modesto y práctico.

### **3. 4. Años locos**

La posguerra amplifica la angustiosa percepción de una crisis de la civilización. La aparición de una moda andrógina, a lo chico, la simboliza. Como describe Bard, C, (2012) la mujer moderna de 1920 ya no tiene la silueta en 8, porque ya no lleva corsé. Con los vestidos rectos, la cintura cae sobre las caderas produciendo un aspecto filiforme. El traje sastre, chaqueta y falda a juego, aporta un toque de masculinidad al guardarropa, mientras que entre los hombres se tiene a los pantalones anchos y acampanados como faldas. También hay que disimular el pecho, otro símbolo de feminidad. Los modelos que llevan las nuevas prendas, planas y delgadas, provocan consternación a muchos observadores. El cuerpo a la moda no cambia solamente en corpulencia. Es más musculoso, más tónico está menos oculto por la ropa; el nudismo está en auge y el bronceado es más frecuente. Se busca el sol no solamente para regenerar la raza, se convierte en la referencia estética. Llevar el pelo corto es parecer joven.

Bajo las faldas que suben, en las pistas de baile o al salir del automóvil, las prendas interiores cerradas aseguran cierta protección y comprimen las curvas. Calzones simples pero considerados sin poesía sustituyen a las bonitas enaguas de tafetán crujiente que advertían a los hombres de que se acercaba una mujer. El pantalón femenino de la época designa, todavía, la prenda interior.

Racionalidad, simplicidad y lógica son las palabras clave de la moda. Paul Poiret había iniciado ciertos cambios antes de la guerra, pero el nombre que resume mejor los felices años veinte es el de Chanel, que encarna de manera muy atractiva su propia moda e induce a sus ricas clientas a parecerse a ella, a llevar el pelo corto imitándola, a exhibir unos brazos dorados por el sol, a pasar el fin de semana en el campo con prendas informales, con un pantalón y una chaqueta de hombre.

A grandes rasgos, el estilo de moda en 1920 se imita; la mayoría de las mujeres jóvenes hacen subir el dobladillo, abandonan el corsé y llevan un sombrero campana. Esta silueta de chico es lo que cristaliza los comentarios y no otra faceta de la moda, inaccesible para la gran mayoría, es decir, la moda de noche, de un refinamiento excepcional. En 1926 la modista Anna lanza el esmoquin de mujer, sólo se trata de un vestido o de una falda plisada por la rodilla, con un chaleco y una chaqueta de esmoquin, que no logró la trascendencia ni la durabilidad que esperaba.

La revolución de la apariencia debe mucho, en la década de 1920, al feminismo. Sin embargo, la mayoría de feministas son hostiles con ella. Como indica la palabra *garçonne* el referente de la nueva identidad femenina es masculino. La chica moderna actúa como un hombre. Se aprovecha de la libertad de conducta reservada a los hombres y ama su autonomía individual. Se viste con trajes sastre que eliminan sus curvas, lleva el pelo corto, conduce bólidos y fuma en público.

Como consecuencia de la Gran Guerra, se aceleraron los cambios en varios campos de la sociedad y la cultura: un número cada vez mayor de mujeres con estudios, la fascinación por los deportes y el uso generalizado de los automóviles, dieron lugar a un nuevo estilo de vida. El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 puso fin a gran parte de la actividad de la moda. Las mujeres, que asumieron las tareas de los hombres

en la sociedad y la industria durante el conflicto bélico, requerían prendas prácticas en lugar de trajes decorativos y complicados. Gabrielle Coco Chanel tuvo un papel decisivo en esta nueva etapa de la moda femenina al diseñar ropa cómoda y juvenil, de líneas simples y con una innovadora combinación de género de puntas y formas de inspiración masculina.

## **CAPÍTULO 4. Primera Guerra Mundial**

Como expresa Hardach (1986):

Según la conocida tesis de Lenin, la guerra de 1914-1918 fue para ambas partes una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, una guerra de rapiña y de expoliación), una guerra para repartirse el mundo, para distribuir y redistribuir las colonias, las “esferas de influencia” del capital financiero, etcétera. (como se cita en Lenin (1974, p. 16))

El 28 de Junio de 1914 el heredero al trono del Imperio Austrohúngaro y su mujer murieron en Sarajevo, víctimas de un atentado por terroristas de Servia, así entonces le declararon la guerra. Los acontecimientos que arrancaron en 1914 llevaron a que se interrumpiera la fase de crecimiento. Esta guerra sacó de lugar las relaciones económicas internacionales, que intentaron desalojarse del mercado por medio de bloqueos, la consecuencia fue que el comercio internacional se transformó con el aumento de los fletes, esto obligó a un esfuerzo importador de países en guerra con intervención del estado. Los países neutrales tuvieron incremento en la producción, pudieron sustituir las importaciones y proveer a los países en guerra de mercaderías.

El sistema europeo establecido en el Congreso de Viena terminó por quebrarse con las unificaciones alemana e italiana. El derrumbe francés tras su derrota en la guerra franco-prusiana de 1870 abre una nueva etapa en las relaciones internacionales, caracterizada por la hegemonía de Alemania en la Europa continental apoyada en su creciente poder económico y militar y el papel del canciller Bismarck como árbitro de estas relaciones internacionales.

El periodo histórico de finales del XIX e inicios del XX se va a conocer como Paz Armada y se va a caracterizar por una progresiva escalada de tensión y conflictividad entre las potencias europeas. La tensión va a generar un espectacular aumento en el gasto bélico que va a dar lugar a lo que se conoce como Carrera Armamentista.

#### **4. 1. Contexto**

El siglo XX es un período de cambios acelerados. El desarrollo de las comunicaciones y de las tecnologías van a influir en gran medida durante el transcurso de esta etapa. Sin embargo, los problemas socioeconómicos y políticos derivados de la Revolución Industrial culminan a principios de siglo con la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Revolución Rusa (1917) y más tarde con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Estos hechos sacuden hasta lo más íntimo las conciencias de la población. El panorama europeo es desolador ya que las guerras trajeron millones de muertos y muchas personas se vieron obligadas a abandonar sus países.

En cuanto al arte, los cambios y las novedades en el mundo del arte se van a dar con gran velocidad. Nunca antes, en la historia se había visto proliferar tal cantidad de escuelas, movimientos y novedades como entonces. Los cambios y las tendencias se suceden de forma acelerada. Estamos ante una época de replanteamiento estético y formal del arte. Todos los movimientos que surjan tendrán un nexo común: el deseo de ruptura con el pasado.

El contacto de la sociedad europea con culturas lejanas, propiciado por el avance de las comunicaciones y las exposiciones universales aportará nuevos horizontes a la creación artística. Desde finales del siglo XIX la pintura asume un liderazgo indiscutible en el terreno artístico, ya que encabezará todos los cambios y vanguardias que vayan surgiendo en el transcurso del siglo XX.

El contexto social en el que se desarrollaron las vanguardias fue extremadamente agitado. Todavía quedaban frescas las consecuencias de la Revolución Industrial cuando se produce la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, trazando un nuevo mapa político. Como hecho agravante de esta convulsionada situación, el sistema económico sufría su crisis más grave de la historia. Es por ello, por los importantes cambios que se estaban padeciendo y por la sensación de que podía contribuirse positivamente en ellos, que las vanguardias pretenden tener injerencia social a través de su arte. Así, una obra ya no estaba solamente destinada a la contemplación, sino a reflejar estos cambios.

Algunos ejemplos de estos movimientos son: el dadaísmo, que hace hincapié en lo poco razonable, en la rebeldía y en lo destructivo; el surrealismo, que se sustenta en los postulados de Freud acerca del inconsciente pretendiendo reflejarlo en la obra; el futurismo, que se inspiraba en adelantos técnicos; el ultraísmo, que favoreció el verso libre y la elaboración de la metáfora; el cubismo, que representaba la realidad a través de formas geométricas; el expresionismo, que hace hincapié en las experiencias interiores; y el fauvismo, que pretendía expresar sentimientos mediante colores.

La Gran Guerra significó la hecatombe de la Vieja Europa burguesa, nuevas fuerzas entraron en liza, desde el bolchevismo triunfante en la Rusia zarista a los nacionalismos exacerbados. Las masas irrumpieron en la escena política con renovada fuerza trastocando el viejo orden social y político. El impacto de los desastres de la guerra, de una guerra desconocida hasta entonces por su crueldad, dimensiones y duración, afectó en profundidad la conciencia europea, nada volvería a ser como antes. Se había entrado en ella con los combates de la caballería, protagonizados por los cosacos con los ulanos y los húsares, y se salió con los primeros enfrentamientos de la aviación y las fuerzas acorazadas.

Las convulsiones provocadas por la Gran Guerra conmocionaron a intelectuales y artistas, de manera tal que en los años siguientes el sentimiento de crisis de la cultura occidental se extendió como una mancha de aceite por el continente europeo.

En general, las vanguardias no lograron prosperar, principalmente por carecer de sustento propio y solo fundarse en el rechazo de otras tendencias. No obstante, es menester reconocer que han tenido una influencia importante en las creaciones artísticas del siglo XX y en las de hoy en día.

El mundo de la música también se verá influido por el cambio social y cultural. La música, cuyos recursos tradicionales habían sido explotados hasta la saciedad por los autores románticos, busca abrirse nuevos caminos y romper con el pasado. Gran cantidad de estilos vanguardistas musicales se irán yuxtaponiendo en el transcurso del siglo en busca de la novedad y la experimentación, a través de un cambio estético que dará lugar a las composiciones más variopintas.

La aparición de nuevos géneros como el jazz o el rock y sus derivados arrebatará a la música culta el protagonismo, casi exclusivo, del que había gozado durante siglos. Poco a poco se irá convirtiendo en una música de minorías, ajena al éxito y a los intereses comerciales. En la segunda mitad de siglo, la llegada de la tecnología alterará la forma de componer e interpretar la música. Por primera vez en la historia los medios electrónicos e informáticos tendrán una función importante dentro del fenómeno musical.

#### **4. 2. Causas del conflicto bélico**

La información del subcapítulo a continuación fue relevada del sitio web de Avila (s.f.)

#### **4. 2. 1. Ideológicas**

Entre finales del XIX e inicios del XX, la ideología nacionalista va a consolidarse por toda Europa; este auge del nacionalismo va a ser clave para entender el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Los nacionalismos toman un papel de gran importancia, por ejemplo en la decadencia de imperios multinacionales (Austria-Hungría, Rusia, Turquía). El nacionalismo atribuye entidad y singularidad propias a un territorio y a sus ciudadanos, y sobre él se asientan aspiraciones políticas de carácter muy diverso.

Esta extensión de los ideales nacionalistas, entendidos de una manera radical, va a conllevar la creación de un clima de enfrentamiento de ambiciones y de conflictos de intereses. Ese fervor nacionalista va a plasmarse en agresivas políticas, por ejemplo, en agresivas políticas colonialistas e imperialistas entre las grandes potencias.

Así pues, el nacionalismo, a inicios del siglo XX, es una ideología de masas usada para justificar agresivas políticas expansionistas y como instrumento de relajación de tensiones sociales. Las ideas nacionalistas se difunden a través de la prensa, el sistema educativo o el arte y calan en el pensamiento del pueblo, que incluso va a apoyar a sus gobiernos en sus políticas expansionistas y coloniales. La ideología popular abraza el nacionalismo, pero sin embargo es una noción de nacionalismo vulgarizada, defensor de posturas radicales e ideas extremadamente románticas.

La enemistad y diferencias entre las grandes potencias se hacen incluso más grandes debido a estos exagerados sentimientos nacionalistas. En zonas específicas como es el caso de los Balcanes, los choques son continuos debido a la contraposición entre el surgimiento de sentimientos nacionalistas en los pueblos eslavos y el dominio en estos territorios de imperios multinacionales, que no reconocen estas realidades nacionales. Por otra parte, la raíz de la enemistad francoalemana tiene raíces nacionalistas como el

control de Alsacia y Lorena y muchos de los conflictos de finales del XIX e inicios del XX llevan implícitos factores nacionalistas.

#### **4. 2. 2. Colonialismo e Imperialismo**

El desarrollo de las inquietudes nacionalistas va a derivar también en el auge de las ansias de expansión colonial por parte de las grandes potencias europeas. La Conferencia de Berlín de 1885 trataba de hacer un reparto colonial entre las grandes potencias para evitar posibles conflictos. Sin embargo, este reparto no satisfizo a casi nadie y muy pronto los conflictos coloniales empezarán a surgir: Guerra de los Boers, incidente de Fachoda, crisis marroquíes, entre otros. Las potencias coloniales tradicionales y con mayor peso eran Gran Bretaña y Francia. No obstante, las nuevas potencias emergentes no se van a conformar con asumir un rol secundario y tienen ambiciones de establecer grandes imperios coloniales. Estos intereses opuestos tarde o temprano van a chocar y generar conflictos.

Al mismo tiempo, es necesario reseñar la importancia de poseer un imperio colonial como forma de crecimiento económico, es decir, abrir nuevos mercados. De hecho, Gran Bretaña es la gran potencia económica mundial de la época y cuenta también con el mayor imperio colonial. La llegada de Guillermo II va a suponer un reactivamiento de los intereses alemanes en materia colonial. El objetivo de Guillermo II es crear un potente imperio colonial que lleve a Alemania a trasladar su hegemonía continental a un contexto más amplio. En suma, junto a las potencias coloniales europeas también surgen nuevas potencias extraeuropeas, Japón y Estados Unidos, que también van a buscar expandirse comercialmente y establecer colonias.

### **4. 2. 3. Económicas**

Cabe destacar que entre finales del siglo XIX e inicios del XX se desarrolla la llamada Segunda Revolución Industrial, en un período de crecimiento económico con grandes innovaciones respecto a la Primera Revolución Industrial como son nuevas fuentes de energía, el petróleo; nuevos sectores de producción, industria química y el auge siderúrgico; y nuevas formas de organización del trabajo, el Fordismo, más conocido como la producción en serie.

Por otro lado, esta Revolución Industrial, al contrario de la primera que tenía como foco principal Gran Bretaña, va a tener varios países donde se produce de forma paralela el gran desarrollo económico ya sea en Europa, Alemania, o fuera de ella, Japón y Estados Unidos. De esta forma, el papel de Gran Bretaña como gran potencia industrial ya no va a ser tan indiscutible.

Va a ser paradigmático el caso de Alemania, que va a convertirse en una gran potencia industrial, quizá la mayor, rivalizando con Gran Bretaña. Alemania empieza a dominar sectores estratégicos, química y siderurgia, sobre todo aquellos relacionados con la industria de guerra.

Desde un punto de vista comercial, como se ha visto en el colonialismo, la rivalidad por hacerse por el control de mercados crece constantemente, algo que se acentúa con la agresiva política alemana que pretende arrebatarse a Gran Bretaña algunos de sus tradicionales mercados europeos y coloniales.

### **4. 2. 4. Carrera de Armamentista**

Debido al agravamiento de las tensiones internacionales derivadas de las rivalidades económicas y coloniales así como del auge del nacionalismo intransigente se generó

un contexto que favoreció una escalada en la producción de armamentos. Los estados incrementaron sus gastos militares e incorporaron a su producción armamentística las novedades tecnológicas de la Segunda Revolución Industrial, generando un incremento paulatino de la producción de armamento y del gasto militar. Se genera, por lo tanto, una industria de guerra muy rentable. La paradoja de la carrera de armamentos es que es una consecuencia directa de las tensiones, pero a la vez es una causa que ayuda a agravarlas. Los gobiernos, valiéndose del uso de la propaganda, alentaron el nacionalismo y el miedo a fin de hacer sentir a la opinión pública que su país se encontraba en peligro frente a la hostilidad enemiga. Además, los diferentes gobiernos consideraban que la guerra era inevitable y trataron de protegerse mediante alianzas, causando de esa forma los recelos y el reforzamiento militar de sus oponentes.

Por lo tanto, la carrera de armamentos es una política defendida mayoritariamente por la población, siendo el pacifismo una línea de pensamiento muy minoritaria. Así, la carrera de armamentos no consigue ser frenada, algo a lo que también contribuye la poca fuerza de los organismos internacionales para regular el disparatado crecimiento en la producción bélica.

#### **4. 2. 5. Alianzas Militares**

Los sistemas bismarckianos habían logrado mantener el equilibrio y la paz en Europa, pero con la caída de Bismarck se asiste a un proceso progresivo de creación de bloques antagónicos por parte de las potencias que se unen en alianzas militares a través de las cuales asegurar sus intereses. Así, asistimos a la separación de dos bloques bien diferenciados que serán los contendientes en la guerra, por una parte la Triple Alianza conformada por Austria-Hungría, Alemania e Italia, que finalmente no participará del lado

de la Alianza; y por el otro la Triple Entente, comprendida por Gran Bretaña, Francia y Rusia.

#### **4. 3. Objetivos de la Guerra**

El siguiente subcapítulo es realizado bajo la bibliografía de Hardach, G. (1986).

Agosto de 1914 no solamente fue un tiempo de crisis de la economía capitalista mundial también lo fue del movimiento obrero internacional. Durante los años que precedieron a la guerra mundial los partidos obreros y los sindicatos, organizaciones de las clases vastamente excluidas de los beneficios de la industrialización, alcanzaron impresionantes cotas de crecimiento.

El curso de los acontecimientos políticos en torno a la crisis de julio de 1914 está ampliamente documentado, de modo que aquí sólo refiere a los datos más sobresalientes. El 28 de julio de 1914, el heredero del trono de Austria y su mujer murieron víctimas de un atentado en Sarajevo. En Austria, tanto el gobierno como los militares vieron que el atentado les ofrecía la oportunidad de organizar una demostración de fuerza contra Serbia; para ello contaban con el apoyo del gobierno y de la cúpula militar alemanes que en esta situación se arriesgaron a dar el paso hacia la hegemonía mundial. La declaración de guerra de Austria a Serbia el 28 de julio fue la señal que puso en marcha los mecanismos de las movilizaciones generales y de las declaraciones de guerra, y el 4 de agosto las tropas alemanas iniciaron su marcha sobre Bélgica. La guerra movilizó y enfrentó las naciones industriales europeas, luego las del resto del mundo, con amplias repercusiones, a la vez, en los países neutrales de Europa y de ultramar.

Con el estallido de la guerra en agosto de 1914, ambos bandos, por un lado la Triple Alianza y por el otro los Aliados o Triple Entente intentaron desalojar al enemigo del comercio internacional a través de una guerra económica ofensiva. Los aliados establecieron un bloqueo cada vez más denso en torno a las potencias centrales. El gobierno alemán, por su parte, intentó aislar económicamente a Gran Bretaña mediante una guerra comercial con submarinos. A medida que la guerra se iba prolongando, mayor era la esperanza que cada una de las partes depositaba en la guerra económica.

Fue tanto una guerra de bloqueos, desde la superficie de las aguas o desde submarinos, como una guerra de los ejércitos. Tras estos dos bloqueos, los sistemas económicos de ambos grupos de países enfrentados libraban una batalla a muerte por la supervivencia, y en varias fases de la guerra parecía como si el apremio del hambre lograra materializar objetivos que estaban fuera del alcance de los ejércitos atrincherados o de las flotas inmovilizadas. (como se cita en Salter, 1921).

Al iniciarse las hostilidades, la economía liberal-capitalista se derrumbó y quedaron muy pocas posibilidades de reconstruirla a causa de las modificaciones estructurales que la guerra trajo consigo.

Pero esa desintegración no se produjo por efecto de la influencia ejercida por las leyes económicas, sino principalmente como resultado de la acción política.

#### **4. 3. 1. Europa Central**

La expansión industrial exigía una política mundial, en cambio, cuando la expansión económica y política hacia ultramar encontraba algún tipo de resistencia, el centro de gravedad tendía a desplazarse hacia Europa central. Ello fue lo que, de hecho, ocurrió

entre 1910 y el inicio del conflicto. Una Europa central bajo la férula alemanda debía constituir la base política y económica sobre la que se apoyaría Alemania para hacer frente a la competencia del imperio mundial formado por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia. En estos planes cohabitaban intereses económicos y argumentos pseudo económicos formulados con una terminología económica que, en última instancia eran disparatados desde el punto de vista económico y cuyo propósito era desviar los conflictos internos proyectándolos hacia el exterior.

Después de iniciarse las hostilidades se abrió en Alemania un amplio debate sobre los objetivos de la guerra, tanto en círculos oficiales como en los no oficiales. Grupos de presión, representantes de la industria y de la banca, partidos políticos y sociedades de agitación nacionalista, además del propio gobierno imperial, airearon programas en los que incluso las posiciones más moderadas eran francamente agresivas. La primera organización que dio a conocer un programa sobre los objetivos de la guerra fría fue la Liga Panalemana. El núcleo de este programa, formulado en agosto de 1914, era una Europa central que, junto a los territorios que el Imperio alemán y Austria-Hungría obtendrían como botín de guerra, constituiría un amplio espacio económico uniforme. El trofeo de guerra alemán alcanzaba cotas de una generosidad extrema: en Occidente, anexión de Bélgica, de la región minera francesa de *Longwy-Briey* y de la costa francesa del Canal de la Mancha hasta el *Somme*, ocupación de una línea fortificada desde la desembocadura del *Somme* hasta Verdún y conversión de Tolón en una base de guerra alemana en el Mediterráneo. La población de los territorios aludidos debía ser evacuada y sustituida por colonizadores alemanes residentes en el *Reich* o en cualquier otro lugar. En Oriente, Rusia debía ser reducida al espacio territorial que poseía antes del Zar Pedro el Grande. Ello significaba la anexión de los distritos fronterizos polacos y de las provincias bálticas rusas como baluartes estratégicos y área de poblamiento. Dentro de la Federación de Estados Centroeuropeos bajo el control de Alemania, se otorgaba una independencia formal a Austria-Hungría, Bulgaria, Rumania, Países Bajos, Suiza,

Dinamarca, Suecia y Finlandia. Las posesiones coloniales alemanas, ampliadas con los belgas y franceses debían formar parte de la Federación de Estados Centroeuropeos. La Liga Panalemana originalmente había sido una sociedad pequeñoburguesa de agitación nacionalista, pero la naturaleza de sus objetivos la había convertido en una plataforma en la que confluyeron influyentes círculos económicos de extrema derecha, particularmente terratenientes y dirigentes de la industria pesada. Ambos grupos encontraron en el programa panalemán acogida para sus propios intereses particulares. En el caso de la industria pesada el acento se ponía en la anexión de los distintos mineros franceses, el control de Bélgica y la adquisición del Congo Belga. Los franceses, a su vez, ambicionaban extender su campo de acción hacia el este para incrementar el peso específico del sector agrario en la economía y en la política de Alemania.

A finales de septiembre de 1914, la Liga Panalemana organizó una asamblea de estamentos productivos en la que representantes de la industria, de la agricultura, de la artesanía y del comercio se pronunciaron a favor de la política de anexión panalemana. Esta asamblea fue el punto de partida de una colaboración ininterrumpida entre la Liga y los representantes de los círculos empresariales, que culminó en marzo de 1915 en la adopción por parte de las grandes asociaciones de empresarios de un programa común sobre objetivos de guerra basado esencialmente en el programa panalemán.

La actitud adoptada por el gobierno imperial en la discusión sobre los objetivos de la guerra ha sido descrita como la política de la diagonal, esto es, trataba de encontrar una línea intermedia entre el pangermanismo y los moderados. En el memorándum oficial sobre los objetivos de la guerra que el gobierno imperial dio a conocer el 9 de setiembre de 1914 destacaba la exigencia de una Europa central unificada económicamente:

La idea consiste en lograr la creación de una unión económica de la Europa central a través de acuerdos aduaneros... esta unión debe instaurar la hegemonía de Alemania en la Europa central, sin necesidad de recurrir necesariamente a una

ejecutivo constitucional conjunto; en su seno sus miembros gozarían de una ostensible igualdad de derechos, pero estarían, de hecho, sometidos al liderazgo de Alemania. (como se cita en Fischer, 1969)

A lo largo del conflicto los objetivos de la guerra se mantuvieron relativamente constantes y apenas sufrieron la influencia de los vaivenes de la situación militar. A pesar de la larga duración de la guerra, la tendencia pangermánica no se avino a adoptar actitudes conciliadoras, sino que por el contrario recrudecieron su actitud, sobre todo después del viraje a la derecha que se produjo en agosto de 1917, tras el cambio operado en el Mando Supremo del Ejército. Por razones de política interna y de política exterior, el gobierno se mantuvo en una línea mucho más próxima a las posiciones moderadas. En 1916-1917 las diferencias con el programa panalemán llegaron incluso a plantear un conflicto abierto con el tercer Mando Supremo del Ejército. Los objetivos oficiales de la guerra se formulaban invariablemente de un modo tan vago que también permitían una interpretación en el sentido anexionista, como en el caso de la oferta de paz hecha por las potencias centrales en diciembre de 1916. La posición moderada del gobierno era lo suficientemente agresiva como para que los aliados no pudiera aceptarlas; postulaba, como lo hacía el programa panalemán, la victoria total de las potencias centrales.

Europa central resultó ser un concepto económico medular en el debate interno alemán sobre los objetivos de la guerra, porque cada una de las tendencias lo interpretaba a su modo y le daba el contenido concreto que mejor respondía a sus apetencias. Por la misma razón, también constituía el eje en torno al cual giraban los objetivos de guerra de las potencias centrales. La alianza militar entre Alemania y Austria-Hungría era la base sobre la que se sustentaba este movimiento internacional relacionado con Europa central. A través de las alianzas y el desarrollo de los acontecimientos militares hasta finales de 1915, conquista de Serbia, se orientaba decididamente hacia el sureste en dirección a Turquía, pasando por los Balcanes pero tras iniciarse negociaciones concretas entre las

potencias centrales, resultó que la puesta en práctica de la idea chocaba con muchas más dificultades de las que se había supuesto. En Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía había una resistencia latente contra una Europa central en la que Alemania pretendía ser la potencia hegemónica, una pretensión que estaba a su alcance dada su superioridad económica. La idea de esta Europa central alcanzó su apogeo en 1916. A partir de esta fecha los particularismos nacionales empezaron a emerger cada vez con mayor firmeza; y se derrumbó en las negociaciones de paz de *Brest-Litovsk* y Bucarest.

El gobierno soviético inició, en diciembre de 1917, las negociaciones de paz con una propuesta cuyo expreso objetivo era el fin de las hostilidades en todos los frentes y la firma de una paz sin anexiones ni reparaciones. Los representantes de las potencias centrales no se atrevieron a rechazar abiertamente esta propuesta para no herir los sentimientos populares, pusieron algunas reservas que en la práctica abrieron la senda de las reparaciones y las anexiones. En el momento de concretar las condiciones de paz de enero de 1918, se puso de manifiesto que habían prevalecido los objetivos de guerra del expansionismo pangermano.

Al examinar los objetivos de la guerra, se hallaban claramente involucrados los intereses económicos privados. La industria pesada codiciaba yacimientos de materias primas y plantas industriales que, a tenor de sus pretensiones, no debían estar bajo jurisdicción alemana, sino que debían ser transferidos al sector privado alemán. Los terratenientes, deseosos de acrecentar la importancia política y económica del sector agrario de Alemania, querían obtener tierras, ora para sí mismos, ora para reorientar hacia los vastos territorios orientales el movimiento de asentamiento de colonos. Las grandes industrias exportadoras esperaban que la abolición de los aranceles en Europa aumentaría sus posibilidades de venta. Los grandes bancos querían asegurar sus esferas de influencia política y querían protegerse contra la competencia extranjera.

### **4. 3. 3. Versalles**

Los Aliados no elaboraron un programa económico tan coherente como el plan acerca de la Europa central de las potencias centrales. La cooperación económica aliada comenzó en la primavera de 1915, también se hicieron planes para el período de posguerra pero no se llegó a ninguna conclusión definitiva. Por iniciativa francesa en marzo de 1916 se celebró en París una conferencia de políticos aliados. La discusión giró en torno a la propuesta francesa de que los aliados se comprometieran a no firmar ningún acuerdo económico por separado con las potencias centrales. Este compromiso complementaría en el terreno económico el pacto de Londres de 1914, en el que los aliados declaraban que no firmarían la paz por separado con las potencias centrales. Se decidió convocar una conferencia aliada sobre cuestiones económicas, que debatiría ampliamente la cooperación económica interaliada durante y después de la guerra. Esta conferencia inició sus trabajos el 14 de junio de 1916 en París. Dicha conferencia resolvió cooperar estrechamente en el bloqueo contra las potencias centrales, determinar el modo como debía establecerse el intercambio de recursos naturales, adoptar medidas proteccionistas respecto al comercio alemán en la fase de desmovilización y, además, una resolución, redactada en términos generales, sobre perspectivas a largo plazo de la cooperación económica después de la guerra.

La resolución se adoptó por unanimidad, pero lo cierto es que al margen de una declaratoria general de principios, apenas contenía acuerdos concretos. Los gobiernos aliados no se pronunciaron con la requerida claridad en relación a su futura política económica, pero tampoco cabía esperar lo contrario, habida cuenta de sus intereses divergentes. Los intereses franceses se concentraban en la recuperación de Alsacia y Lorena y en la cuenca del Sarre, cuyas minas de carbón eran codiciadas como deseable complemento al hierro de Lorena. El gobierno francés se proponía a la vez proseguir la guerra económica más allá del armisticio con el objeto de debilitar a Alemania y

mantenerla en jaque. Gran Bretaña, Italia y Rusia observaban los planes franceses con cierto escepticismo, no sólo porque sus intereses eran muy distintos, sino también porque en período de paz sus economías estaban finalmente entrelazadas con las de las potencias centrales.

El gobierno británico se incorporó a la contienda para mantener el status quo en Europa. Pero en el curso de la guerra, los objetivos oficiales de Gran Bretaña sufrieron modificación a tenor de los cambios en la estructura interna del poder del Estado. El imperialismo liberal que a partir de 1902 se impuso en el Partido Liberal y a partir de 1906 en la política británica, se limitó a mantener la estructura existente, esto es un Imperio dependiente y agrupado en torno a Gran Bretaña.

Sus objetivos de guerra espoleados, a su vez, por los dominios se dirigieron contra el imperio colonial alemán y las posesiones turcas en el Próximo Oriente. En la época de la conferencia económica aliada, los objetivos de guerra británicos se diferenciaban de los franceses no solo en su estructura regional, sino también en el grado de su realización. En junio de 1916, la batalla de Verdún, la ocupación por parte de Francia de Alsacia y Lorena, o del Sarre, no era sino una posibilidad remota y en caso de que se hubiera producido, su defensa, contra un enemigo numéricamente y económicamente superior, hubiera significado a la vez una fuente de preocupación y requerido una planificación a largo plazo. La perspectiva británica, en cambio, era muy distinta, puesto que el bloqueo aliado había confinado al continente la presencia económica y militar alemana; el imperio colonial alemán había caído en manos de los aliados y Gran Bretaña se mantenía firmemente en las posesiones turcas del Golfo Pérsico. Para acabar de consumir estos hechos sólo faltaba la sanción definitiva, esto es, la victoria militar sobre las potencias centrales. Una vez que se la hubo sometido, tanto en el terreno económico como en el político, Alemania dejaba de representar un peligro fuera de Europa.

Los objetivos de guerra de Italia diferían de los de sus dos aliados occidentales, en la medida que nada tenían que ver con Alemania, sino con Austria. Italia no declaró la guerra a Alemania hasta agosto de 1916, tras la celebración de la conferencia económica aliada; estaba económicamente muy vinculada a Alemania y durante los primeros meses de guerra siguió manteniendo, vía Suiza, un intercambio comercial nada desdeñable con este país. De modo que en Italia no existía el menor interés en que la cooperación económica interaliada contra Alemania continuara en el período posbélico.

El gobierno ruso se mostraba también escéptico en relación a las propuestas económico-políticas de la Conferencia de París y se opuso rotundamente a la política de comercio exterior que se pretendía imponer en el período posbélico. Mantenía el punto de vista de que sería necesario salvar un gran cúmulo de dificultades para reorientar el comercio exterior ruso con Alemania hacia los aliados. Tras la Conferencia Económica de París continuaron celebrándose consultas económicas interaliadas, principalmente dentro del marco del recientemente creado *Comité Permanent International d'Action Économique*. La cooperación económica entre los aliados fue progresando por el apremio de las circunstancias, hasta el punto de crear la mencionada organización interaliada para centralizar el control de sectores específicos. No fue posible llegar a un consenso sobre los programas político-económicos de los aliados. Tras la revolución socialista, Rusia se desvinculó totalmente del marco de cooperación aliada. Por las mismas fechas los Estados Unidos se incorporaron a la contienda, pero sus intereses, pese a sus estrechas relaciones económicas con Gran Bretaña, no entraban en colisión con los de las potencias centrales. De forma que, a parte del rechazo del hegemonismo germánico que giraba en torno a la concepción de la Europa central, hasta el momento del armisticio los Aliados no habían elaborado un programa político-económico común. Solo en el curso de las discusiones interaliadas que precedieron a la Conferencia de Paz, y a partir de enero de 1919 en la propia Conferencia, se llegaron a unificar los objetivos de guerra de cada uno de los aliados en un programa de paz consolidado, que luego fue impuesto, sin

grandes discusiones, a Alemania y a sus aliados. El propósito principal de los tratados de paz consistía en el logro de una amplia reorganización política, pero durante las negociaciones y en los tratados de paz también se plantearon numerosas cuestiones de gran relevancia económica.

Las rivalidades económicas y la lucha por las materias primas, con su sistema concomitante de prácticas de comercio exterior, discriminatorias y con preferencias coloniales, eran generalmente consideradas como las causas del conflicto de 1914 y, en consecuencia, también como un peligro potencial para el mantenimiento de la paz mundial. Los tratados de paz crearon el sistema de mandatos como una forma especial de dependencia colonial cuyo objetivo era salir al paso de las corrientes anticolonialistas. Según este sistema, las antiguas colonias alemanas y las regiones turcas del Próximo Oriente eran cedidas a las potencias vencedoras pero no en calidad de colonias, sino en calidad de territorios que, por encargo de la Sociedad de Naciones, debían ser administrados en interés de las poblaciones indígenas.

#### **4. 3. 3. Nuevas Fronteras**

En el proceso de conclusión de los Tratados de Paz se puso de manifiesto que el derecho de autodeterminación de las naciones entraba en conflicto con las realidades del poder político y, de hecho, fue claramente conculcado en varios de sus puntos. El factor determinante al respecto fue la disposición política de consolidar o extender el poder nacional; los intereses económicos fueron decisivos sólo en casos excepcionales. Tanto en la Paz de Versalles, como anteriormente en la formulación de los objetivos aliados de guerra, apenas se recurrió a consideración de orden económico o pseudoeconómico para fundamentar las reivindicaciones territoriales en Europa, como tampoco se hizo en el debate alemán sobre los objetivos de la guerra, ni en la resolución de los Tratados de

Paz de *Brest-Litovsk* y Bucarest. El interés económico de los aliados se concentraba en las colonias y en las inmediaciones de guerra. La importancia de las modificaciones territoriales se discutió, por un lado, en relación a la capacidad de producción económica alemana y, por otro lado, en relación a la asignación internacional de recursos. El imperio alemán tuvo que renunciar en el Tratado de Paz a un 13 por 100 de su territorio y a un 10 por 100 de su población. La economía alemana perdió extensas regiones agrarias, yacimientos de materias primas, parte de las minas de carbón y de los yacimientos y centros industriales. En Alemania, acto seguido, se levantaron oleadas de protestas y hasta la actualidad ha llegado la convicción de que las pérdidas territoriales hicieron de Alemania un país mucho más pobre. Desde el punto de vista de la renta nacional, no cabe duda que, siendo esta estimación correcta, no deja de ser, al propio tiempo, trivial, puesto que transferidas Alsacia y Lorena a Francia la renta nacional alemana se redujo en la misma medida en que aumentó la renta nacional francesa. Desde el punto de vista de la renta per cápita Alemania debía haberse enriquecido, en la medida en que las regiones agrícolas cedidas en el este constituían un freno al desarrollo económico alemán.

Las nuevas fronteras no sólo representaron una reordenación de recursos de un país a otro, sino que también pusieron trabas al desarrollo de la economía mundial en su conjunto. A través de la imposición de aranceles y de otros obstáculos las fronteras políticas se convirtieron inmediatamente en fronteras económicas. En la mayoría de los casos, la reconversión de los territorios en cuestión en función de los nuevos mercados nacionales resultó extremadamente difícil para sus economías.

#### **4. 4. El legado**

En el devenir histórico se producen algunos sesgos que adquieren, a la vez, un significado social, político y económico, aconteció durante la Gran Guerra, una realidad que advirtieron observadores contemporáneos y que ahora, al cabo de los años, solo cabe confirmar. Las consecuencias de la guerra mundial y la subsiguiente evolución del imperialismo deben ser específicamente sometidas a análisis muy rigurosos.

Una idea clara del efecto desacelerador provocado por la Gran Guerra, sino el procedimiento adolece manifiestamente de algunas insuficiencias: en primer lugar, atribuye los cambios aparecidos en el proceso de desarrollo económico después de 1913 exclusivamente a la guerra, omitiendo factores tales como crecimiento demográfico, progreso técnico o modificación del gusto de los consumidores. En segundo lugar, y ello se relaciona estrechamente con el primer punto, la simple extrapolación no implica necesariamente una pérdida económica. El mayor efecto retardante surge en la producción de alimentos, a pesar de que en los años veinte la oferta fue muy amplia en relación a la demanda efectiva; el ritmo de crecimiento de la producción de alimentos era ya tan alto antes de 1913 que no es que rebasara los límites de las necesidades objetivas, puesto que en todas partes la gente seguía muriendo de hambre, sino que se adelantó a la demanda de quienes disponían de poder adquisitivo, y ello se reflejaba en la baja relativa de los precios de los alimentos.

La descentralización de la economía internacional en la práctica significaba que el centro de gravedad de la economía mundial se alejaba de Europa, pero ello no implicaba una distribución más homogénea de la actividad económica en el mundo. En Europa y América del Norte se concentraba después de la guerra, igual que antes de la contienda, alrededor de dos terceras partes de la producción mundial, y aunque su participación en el comercio mundial se redujo de tres cuartas partes a dos terceras partes su posición siguió siendo dominante. Dicho de otro modo, la descentralización equivalía a

desplazamientos dentro del campo imperialista. La polarización de la economía mundial entre países industriales dominantes y países dependientes de producción primaria apenas fue alterada por la guerra mundial. Cuando se extinguió el auge económico generado por la guerra y la inmediata posguerra, los países de producción primaria se encontraron enfrentados a los viejos problemas de la exportación: poca elasticidad en los ingresos de la demanda de materias primas, sobreproducción y deterioro de la relación real de intercambio. La incipiente industrialización quedó paralizada bajo la presión de la competencia europea, norteamericana; y por las implicaciones propias de la dependencia económica y política. La dependencia política de los países de producción primaria corría pareja con la dependencia económica, y ello también era un factor de continuidad. Sin duda el período de la expansión territorial de Europa había alcanzado su punto álgido y empezaba a declinar, y ello se expresaba en la descentralización política del Imperio británico, en el debate de la cuestión colonial en las negociaciones de paz y en la aceptación de la idea de los mandatos de la Sociedad de Naciones.

La rivalidad imperialista, en pugna por el reparto del mundo, en realidad se agudizó, tras la eliminación de una Alemania que antes de 1914 se había convertido en el más agresivo de los rivales. Esta competencia entre los países industriales en el terreno del comercio exterior se agudizó en relación al período de preguerra, puesto que muchos países tuvieron que hacer frente a problemas en la balanza de pagos tras el colapso del sistema de la economía mundial.

En conclusión, la Primera Guerra Mundial fue un acontecimiento definidor del siglo XX. Fue una guerra total y supuso una movilización de recursos y de pueblos, así como una creciente centralización gubernamental del poder en cuanto a las vidas de sus ciudadanos. La Gran Guerra señaló el fin de la hegemonía europea sobre los asuntos

mundiales; la expansión de la autoridad del gobierno en áreas como la educación masiva, la legislación del bienestar social y la conscripción masiva, la Gran Guerra hizo de la práctica de una autoridad central una forma de vida.

El horror y desastre que ha generado la Gran Guerra se plasma en la aparición de una crisis de conciencia en la sociedad de posguerra que va a generar un cuestionamiento de los valores que regían los modelos económicos, sociales y políticos previos a 1914. No obstante, van a aparecer movimientos nacionalistas radicales y revanchistas a lo largo del período de entreguerras y que van a alcanzar un gran peso en ciertos países.

En los países industriales las clases sociales tuvieron enfrentamientos, hasta se hablaba de naciones diferentes. Pero se desvaloró el sentimiento patriótico de las masas. Se manifestó la Unión Sagrada de todo el pueblo que votaron que algunos socialistas se incorporaran al gobierno en Francia y Bélgica. La movilización y concentración iniciales de tropas se efectuaron en medio del entusiasmo popular. El efecto negativo de una guerra larga y mortífera afectó a los combatientes y a los q vivían más alejados. Gracias a la especulación acabaron provocando una profunda crisis política y social con la suma de dificultades económicas. En lo político se agudizaron las divergencias entre gobernantes y el conjunto del pueblo, a partir de 1915 se produce el fin de la Unión Sagrada. El deterioro de la política fue acompañado por inflación de niveles salariales hasta 1917, con inferior incremento de los precios, que esto aumentaba el mercado negro. La diferencia entre trabajadores calificados y no calificados y la producción en serie; permitieron a mujeres y trabajadores no calificados puestos en escalas salariales. Tuvo una enorme repercusión del triunfo bolchevique en Rusia sobre el escenario de la guerra, fue una revolución anticapitalista, con principios marxistas. La idea de que una revolución social era posible en Occidente ocupó un lugar superior en el clima social y político luego de la guerra.

En términos generales, el impacto, la destrucción y la deshumanización que habían caracterizados la Primera Guerra Mundial van a influir enormemente en todas las ramas del arte a través del surgimiento de movimientos de vanguardia.

## **Capítulo 5. Función social femenina dentro de la Primera Guerra Mundial**

### **5. 1. Mujeres Laboristas**

En el siglo pasado, era frecuente abordar el tema de la mujer dentro de las gestiones sociales del Estado británico; éstas lidiaban con la tendencia a las privaciones.

La relación entre el feminismo, los movimientos de mujeres y la política social fueron los factores elementales que influyeron en la organización de mujeres en Inglaterra en el siglo XX. Como resultado, surgió el Partido Laborista y su proximidad a las políticas correspondientes al sexo femenino. Este sistema fue decisivo para la legislación a la hora del impulso del Estado de Bienestar británico. Plenamente subestimado el rol de la mujer, focalizaron su atención en las cuestiones políticas socioeconómicas que pudiesen afectar a las madres.

A través de la *Women's Labour League* o Liga de Mujeres Laboristas, en 1906, se constituyó por primera vez la defensa femenina del Partido Laborista.

Las mujeres laboristas resultaban ser profesionales, sean remuneradas o no, como artesanas, amas de casa, empleadas voluntarias y asalariadas en prestaciones médicas, asistentes sociales, entre otras. Provenían de todos los poblados del país, eran atraídas, en su mayoría, las mujeres más pobres; muy rica la variedad entre ellas, las diferencias de poder socioeconómico, conocimientos y experiencias alimentó a la hora de tomar decisiones, de analizar y evaluar las problemáticas con las que lidiaban.

Si bien eran totalmente conocedoras de las barreras y de la oposición con la que se iban a enfrentar dentro de ese partido conformado con personas de ambos sexos más las tensiones que creaban los acatamientos de clase y de género, estas damas optaron por participar de manera activa en ése partido político mixto ya que pretendían que los cambios para mejorar la sociedad, contada la situación de las mujeres en ella,

demandaba acción política. Asimismo, daban la razón de que el Estado era el único que tenía el poder y los recursos suficientes como para llevar a cabo sus pretensiones; las cuales serían el resultado de una política presionada y organizada. “Eran conscientes de la dificultad de lograr un cambio histórico en las funciones de cada género, que sería una tarea larga y se necesitaría un gran poder de persuasión para modificar las muy arraigadas estructuras del poder masculino”, expresan Bock y Thane (1996, p. 174).

La mayor ambición de esta asociación era lograr obtener a largo plazo una coincidencia entre las preferencias masculinas y femeninas y cierta influencia dentro del partido. Contrariamente, especulaban que en corto plazo debían hacer mayor hincapié en aquellas problemáticas esenciales que, en su opinión, los hombres descuidaban ya sea por ignorancia o por discriminación. Ellas reiteraban sus propuestas políticas en las cuestiones que una mujer pobre podría tener sobre sus necesidades; estas eran las mujeres que querían que se eligiese para desarrollar cargos en el gobierno central o local, y en organismos administrativos donde, gracias a su conocimiento y práctica, pudiese servir de guía para así llegar a intervenir en las gestiones de sus pares.

Asimismo fue como el feminismo se instauró en el Partido Laborista, el punto más preponderante era el reconocimiento de que las múltiples privaciones que afectaban a las mujeres cuya vida giraba alrededor del hogar no podían desmembrarse de la división de sexos ni de la privación relativa de las mujeres dentro de la economía de su grupo. Para estas mujeres la base potencial de su formación y no el motivo ineludible de su esclavitud, era el hogar.

Vigorosamente conscientes de que un trabajo asalariado no era la única escapatoria para la mujer del círculo privado al público, lo que proyectaban alcanzar el mérito y el reconocimiento del trabajo en el hogar. Ellas creían que iban a llegar al poder gracias a la acciones políticas; se interesaban en aquellas tareas adecuadas para el sexo femenino en la sociedad civil después de que a la mayoría de las mujeres les haya sido reconocido

el derecho de voto, en otras palabras, el símbolo oficial del derecho de ciudadanía. En el Estado y sociedad que conformaban el ideal de estas mujeres laboristas, la relación matrimonial y el apoyo prestado por los ingresos del hombre no tenían por qué subordinar ni silenciar a las mujeres. De todos modos, distinguían que la mujer necesitaba otras formas de asistencia emocional e institucional o algunos recursos económicos independientes para librarse de la subordinación doméstica. El rol de la política estatal socioeconómica en la obtención de ese objetivo era elemental.

Las mujeres laboristas no sostenían que las madres tenían que permanecer en su hogar. Más aún, pusieron mucho empeño en elaborar estrategias dedicadas a colocar el sueldo y las oportunidades laborales de las mujeres en el mismo nivel que los varones e impulsar la emancipación de capital de aquellas que así lo deseaban o necesitaban. Es así como el sindicalismo femenino, las mejoras legislativas en materia de salario y condiciones de trabajo para las mujeres, y la mejora de los servicios sociales con objeto de ofrecer mayor apoyo y libertad a todas las madres trabajadoras, asalariadas o no, se contemplan como medidas complementarias. Incluso, manifestaban la necesidad de la intervención estatal para oprimir la doble carga de las mujeres que trabajaban por un sueldo, mas aceptaban que por muy deseable que fuere, se hallaban indicios de que los hombres compartiesen la carga doméstica.

Por otro lado, cabe destacar que las laboristas no suponían que el bienestar social era algo separado del trabajo ni independiente de la división fundamental de la sociedad por razones de género. De la misma manera, sus ideales excedían la división de trabajo dentro y fuera del hogar, sea gratificado o no, entre público y privado, igualdad y diferencia, clase y género, debido a que todas las distinciones tenían poco sentido en la vida de la mayoría de las mujeres, sobre todo de la clase obrera. Al mismo tiempo, se buscaban las formas más efectivas para habilitar que las mujeres integrasen todas las experiencias, necesidades y exigencias que formaban parte de su vida.

Durante la Primera Guerra Mundial, las mujeres laboristas promovieron la lucha por mejores servicios de maternidad. Los gubernamentales se mostraban afines ante la ansiedad que les producía el suplantar a los hombres muertos en combate y la necesidad de garantizar que los soldados del futuro fuesen físicamente más fuerte de lo que habían resultado ser hasta entonces muchos de los reclutas voluntarios o no. Estas mujeres laboristas demandaban la participación de las mujeres de clase obrera en la dirección de los servicios, idealmente constituidos en un servicio de maternidad global y estatal que diera empleo a mujeres.

El acople del conflicto bélico y las presiones femeninas estimuló al gobierno central a conceder beneficios a las autoridades locales para implantar servicios sociales para madres e hijos. En los años de entreguerras, estas mujeres condujeron enfocaron sus energías para alcanzar la máxima intervención política y administrativa, la contratación de mujeres para cargos determinados y a evadir los intentos emprendidos durante la depresión por el gobierno central para recortar los servicios al mínimo.

Las mujeres laboristas estaban convencidas de que la experiencia de guerra, cuando muchas de ellas tuvieron que sacar la familia adelante, había agudizado el sentimiento de independencia y el espíritu combativo de las mujeres. En pocas palabras, las diferentes propuestas a favor de los subsidios familiares se convirtieron en moneda corriente y recibieron mayor respaldo durante la Primera Guerra Mundial.

Las consecuencias sociales más significativas de la Gran Guerra van a ser la incorporación masiva de la mujer a la vida laboral y pública, que va a repercutir en un incremento de las reivindicaciones igualitarias de la mujer con el hombre. Aunque aparecen algunas nuevas fortunas que se benefician del conflicto, en general, las clases medias van a sufrir un empobrecimiento. También ocurre algo similar dentro de la clase obrera, que pierde poder adquisitivo, lo que hace que empiezan a proliferar

reivindicaciones sociales que se plasman en un ascenso generalizado de partidos políticos de izquierda, algo a lo que también va aportar su grano de arena la influencia enorme de la Revolución Rusa y la Constitución del Primer Estado Socialista de la historia. Muchos de los excombatientes el conflicto no logran readaptarse a la vida civil y acaban convirtiéndose en un grupo marginado.

## **Conclusión**

Siempre han sido los hombres quienes han tenido entre sus manos la suerte de la mujer, y no han decidido de ellas en función de su interés, sino considerando sus propios proyectos, sus temores y necesidades.

El hecho que rige la condición actual de la mujer es la obstinada supervivencia de las tradiciones más antiguas en la nueva civilización que empieza a esbozarse. Eso es lo que desconocen los observadores apresurados que estiman que la mujer es inferior a las oportunidades que se le ofrecen hoy día, o que sólo son capaces de ver tentaciones peligrosas en esas mismas oportunidades. Se abren a las mujeres las fábricas, las oficinas y las facultades, pero se sigue considerando que el matrimonio es para ellas una de las carreras más honorables, que las dispensa de toda otra participación en la vida colectiva.

Antes de la Primer Guerra Mundial había acontecido en el mundo la llegada de la máquina a vapor y con ello la revolución industrial, creando una gran gama de trabajo para el hombre, pero luego devino la Gran Guerra, situación aberrante que produjo la muerte de al menos 20 millones de hombres. Con ella se fue gran parte de la mano de obra, es por eso que la mujer debió introducirse en trabajos en los cuales antes ni siquiera estaba contada, pero por razones de necesidad tanto de las casas de familia como de los mismos industriales, ésta tuvo que comenzar a adentrarse en el mundo laboral. Fue un proceso que hasta la actualidad continúa, y la mujer sigue dando grandes notas laborales, es por eso que la vestimenta no sólo se volvió masculina si no que además produjo una liberación en la mujer de poder usar pantalones sin causar una impresión moral en las personas, ya que fue por una cuestión de comodidad y necesidad para el trabajo que debía hacer.

La moda en los años 1910 y 1920 se caracteriza por una rica y exótica opulencia en la primera mitad de la década, en contraste con el sentido práctico de prendas usadas durante la Gran Guerra. Los cambios en la forma de vestir durante la Primera Guerra Mundial fueron dictados más por necesidad que por la moda. Como más y más mujeres se vieron obligadas a trabajar, exigieron la ropa que se adapta mejor a sus nuevas actividades, las cuales derivan de las blusas y trajes a medida. Los eventos sociales se aplazaron a favor de más compromisos urgentes y la necesidad de llorar al creciente número de muertos, las visitas a los heridos y la gravedad general de la época significaba que los colores más oscuros y más simple cortes se convirtieron en la norma. Un nuevo blanco y negro. Se redujo la enagua de su túnica y falda de conjuntos, la simplificación de vestir y acortar las faldas en un solo paso.

La necesidad fue uno de los principales regentes en la moda luego de la Primer Guerra Mundial. La demanda laboral femenina fue incrementando cada vez más, y atrás quedó la moda incómoda del imposible corsé y sus mil y un inconvenientes a la hora de moverse y respirar. El simple hecho de que la mujer trabaje produjo un cambio radical de la vestimenta, era necesario estar cómoda y saludable para poder llenar la falta de hombres, tal es así que se empezó a utilizar blusas y trajes a medida. El clima oscuro y dramático de la época le puso los tintes negros a la ropa, volviéndola sobria y con cortes simples. Tanto impacto causó la Gran Guerra que la vestimenta femenina tuvo un cambio trascendental ya que, en pocas palabras, no había otra manera de sobrellevar el cambio de la mujer en todos los aspectos, tanto laborales como sociales.

Es así como las personas se vestían menos extravagantes, debido al esfuerzo bélico. Coco Chanel se dio cuenta de esto y creó la nueva innovación de la joyería de fantasía. Ella sustituye collares caros con cuentas de vidrio o cristal. Sin clasificación a tamaño, las

perlas que se mezcla con otros granos de joyería original para usar con sus diseños que se inspiraron en las mujeres para incorporarse a la fuerza de trabajo.

Desde siempre la moda ha traído consigo un gran impacto, no sólo en el aspecto de la vanidad, sino en los factores económicos, políticos y sociales. La moda fue un factor muy importante que marcó la división de clases, ya que sólo las clases sociales muy altas, eran las únicas capaces de poder importar sus vestidos o las telas desde Francia, con tal de estar al último grito de la moda, las clases medias pretendían seguir este modelo, pero como los recursos no eran suficientes como para poder mandar a hacerse sus vestidos a las grandes casas de costura en Paris, compraban las telas a precios más bajos que se traían de allá, pero no de tan alta calidad, y las mandaban a hacer a las casas de costura tratando de imitar a las clases altas. Y el otro extremo, el de la clase de los campesinos su modo de vestir no era para nada afrancesado, al contrario, su modo de vestir era muy sencillo, vestían con mantas, algodón, y un elemento muy característico y muy bello son los rebozos, que tiempo después se fueron tomando por las clases altas, los rebozos de eran de algodón y muy coloridos.

Es por esto que la moda fue un factor social muy importante para la época, ya que fue una lucha de clases, todos querían estar a la moda en ese entonces, porque denotaba poder, y se decía que la posición del hombre estaba determinada por la mujer que tenía y sobretodo por su modo de vestir. Esta época fue denominada la *Belle Epoque*, *The Age of Opulence*, el año de la opulencia de la extravaganza, ya que traía consigo la elegancia del hombre y de la mujer, el lujo en la vestimenta. Desde la tela se podía saber la clase social a la que se pertenecía, ya que para la clase alta, las telas eran muy costosas, y muy difíciles de conseguir, para las mujeres la vestimenta era muy elaborada, ya que un vestido comprendía el famoso corsé que hacía resaltar el busto y hacer una cintura muy angosta y daban una apariencia seductora, las grandes crinolinas para hacer ver a la

mujer con más cadera, esta forma que adquiriría el cuerpo al usarse en conjunto fue denominada la llamada silueta S, de perfil y de frente podía apreciarse la forma del cuerpo como un reloj de arena, toda mujer necesitaba y más que nada tenía que verse conforme lo marcaba la sociedad de la época, ya que era la que tenía más influencia en la moda, sin embargo sólo fue seguida por las clases altas; pasando los años los vestidos tenían la silueta más recta, sin marcar tanto la cintura. Radicalmente cambio la ropa interior; se dejó de usar el corsé a cambio del sujetador, las faldas se estrechaban tanto en su vuelo que casi no dejaban andar, los sombreros eran muy anchos, la silueta era un triángulo invertido, haciendo surgir el escote en V. Los accesorios fueron elementos fundamentales para el desarrollo de la vestimenta, como lo fueron los sombreros, las pieles, los guantes, los zapatos. Los sombreros fueron muy peculiares, ya que eran enormes y adornados con plumas, se decía que entre mayor cantidad de plumas, mayor era el status de la persona, en ocasiones hasta llegaban a poner al pájaro completo para hacer notar que eran de la clase alta, el peinado fue un tema también muy importante, el modelo ideal era tener el cabello ondulado y largo, ya que esto las hacía ver más elegantes.

Para fines del año de 1912, los vestidos de las mujeres comenzaron a tomar otra forma, una menos ostentosa como lo había sido, gracias a la colaboración de los diseñadores relevantes y más influyentes en el mundo de la moda, Paul Poiret y Madeleine Vionnet se elimina el corsé, ya que en muchas ocasiones había causado daños médicos a las mujeres por la presión del mismo y además se necesitaba de otra persona para colocarlo y tardaba mucho, los sombreros fueron reduciendo su tamaño, pero todo esto sin perder la elegancia que lo caracterizaba, la moda en los hombres por supuesto también se hizo presente, ellos usaban trajes, que claro como toda moda, fueron modificando, se fueron haciendo cada vez más simples hasta llegar a los que actualmente se usan. Los colores que en los vestidos se usaban para mujeres adultas eran tonos mas oscuros, mientras que para mujeres mas jóvenes su utilizaban los colores pasteles, se empieza a utilizar el

maquillaje en las mujeres, las personas de clase media comienza a utilizar el rebozo que es una prenda legendaria se usó como un accesorio que también denotaba elegancia, se empezó a adoptar como una manera de vestir.

A partir de 1912 a 1914 hubo grandes innovaciones dentro de la industria del vestido ya que en este período la mujer se caracteriza por ser renovadora y estar muy apegada a la moda, y las modificaciones el vestido. Cabe mencionar que hacia el año 1920, la ropa comenzaba a ser mucho más práctica, pasó a tener una nueva característica: la de la funcionalidad. Para las fiestas se elegían los vestidos escotados y abrigos largos hechos de pieles o traje con chaqueta para calle, se eliminó la falda larga de la década anterior y la sobrefalda que se llevaba sola, perdió su vuelo. De igual manera se usaban vestidos con flecos y bolsitos pequeños. Se pierde la figura S, ya que fue perdiendo su importancia.

Se concluye que la moda siempre ha sido de gran impacto, y lo seguirá siendo, a través del tiempo se va modificando según sea el período en que se encuentre, pareciera que no, pero la moda está de acuerdo a la situación económica en la que el país se encuentre. La moda siempre viene a revolucionar, no es sólo la forma de vestir, sino la expresión a través del vestido ya que cuando una mujer se viste de alguna manera, es la forma en que se expresa hacia los demás, es la primera impresión de quien es, con ella se puede reflejar la personalidad de cada quien, es una forma de originalidad, la ropa determina la época en la que vivimos.

La moda mantiene una relación de dependencia con la economía, y es sabido ya que una guerra demanda una gran cantidad de inversión y por lo tanto conlleva consigo grandes pérdidas económicas, lo que produjo que ya no se puedan costear grandes vestimentas de elaboración fina como los corsés, dejando de lado lo pomposo por lo práctico y económico.

Para finalizar la conclusión, como se expresó en páginas anteriores, la tradición liberal había dominado el pensamiento económico, político y social a través de mucha de Europa durante el siglo XIX y principios del XX. La creencia fundamental era que la mujer era autónoma y especial: sus derechos debían ser respetados como base de la sociedad.

## Referencias bibliográficas

Alfonso, C. (2011, diciembre) *Historia de términos de indumentaria*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.

Avila, J. (s.f.) *La primera Guerra Mundial*. España. Disponible en: <http://www.maestrojuandeavila.es/Departamentos/Geografia%20e%20Historia/4eso/apuntesIGM.pdf>

Ballarín, P., Birriel, M., Martínez, C. y Ortiz, T. (2010) *Las mujeres y la historia de Europa*. Granada: Universidad de Granada. Disponible en: <http://www.helsinki.fi/science/xantippa/wes/wes1.html>. Bañuelos Madera, M. C. (s/f) *La influencia de la moda en el cambio social de los valores estéticos y corporales*. Madrid: Universidad Carlos III, departamento de Ciencias Políticas y Sociológicas. Recuperado de [http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/cult\\_2.pdf](http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/cult_2.pdf).

Benítez, C. (2010, junio). *Coco Chanel: innovación y liberación femenina*. Creación y Producción en Diseño y Comunicación, 28, 99-100.

Bochi, A. (2011, diciembre) *Como te ven te tratan y si te ven mal, te maltratan. Rol de la mujer en la sociedad*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Collier, J. (1981). *Politics and gender in simple societies*. Citado en: De Lauretis, T. (1989). *La tecnología del género*. Londres: Macmillan Press.

- Conde Lopez, P. (2011, mayo). *Rol xx. Diseño de una colección inspirada en el cambio del rol de la mujer como consecuencia de las guerras*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.
- De la Riva, L. (2012, julio). *La indumentaria como herramienta de comunicación política*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.
- De Lauretis, T. (1989). *La tecnología del género*. Londres: Macmillan Press.
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda una visión sociológica*. Barcelona: Paidós Contextos.
- Equidad de género* (2011, junio). Recuperado el 7 de abril de 2012 de: <http://www.buenastareas.com/ensayos/Equidad-De-Genero/2484029.html>
- Escobar, J.; Pazos, M.; Tarelli, G. (2008, noviembre). *La Primera Guerra Mundial en la moda*. Creación y Producción en Diseño y Comunicación, 19,129.
- Fraisse, G. (1991). *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*. Madrid: Cátedra.
- Fischer, F. (1969). *Krieg der Illusionen. Die Deutsche politik von 1911 bis 1914*. Düsseldorf: Droste.
- Goñi Caruso, M. (2010, febrero). *Moda, mujer, influencia y sociedad*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.
- Hardach, G. (1986). *La Primera Guerra Mundial 1914-1918*. Barcelona: Crítica.
- Hegel, G. (1974). *Filosofía de la lógica y de la Naturaleza*. Buenos Aires: Claridad
- Jiménez Gómez, J. (2008). *La moda y la clase social en la era del consumo*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Sociología.

- Lenin, V. I. (1974). *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Buenos Aires: Polémica.
- Litvak, L. (2009, mayo). *La influencia de la liberación femenina en la indumentaria del siglo XX*. *Creación y Producción en Diseño y Comunicación*, 21, 82.
- Ocaña, J. C. (2003). *El feminismo en la Europa Mediterránea*. Recuperado de <http://www.historiasiglo20.org/sufragismo/femespana2.htm>.
- Ruiz, F. (2008). *Perspectiva de la moda en el siglo XX*. México: Fashion Media. Disponible en: <http://fashionmedia.blogspot.com.ar/2008/05/la-primera-guerra-mundial-desmantel-los.html>
- Salter, J. A. (1921). *Allied Shopping control. An experiment in International administration*. Oxford: Claredon Press.
- Seeling, C. (2000). *Moda: el siglo de los diseñadores 1900-1999*. Köln: Könemann.
- Sorbona, P. (2011, julio). *A lavar los platos mi amor! La transformación del rol femenino*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.
- Vilche, M. (2011, diciembre). *Los cambios de la moda: influencia de la Segunda Guerra Mundial en París*. Proyecto de Graduación, Universidad de Palermo.
- Viveros Vigoyas, M. (2004). *El concepto de género y sus avatares*. Bogotá: Universidad Javeriana.

## Bibliografía

Avila, J. (s.f.) *La primera Guerra Mundial*. España. Disponible en:  
<http://www.maestrojuandeavila.es/Departamentos/Geografia%20e%20Historia/4eso/apuntesIGM.pdf>

Bañuelos Madera, M. C. (s/f) *La influencia de la moda en el cambio social de los valores estéticos y corporales*. Madrid: Universidad Carlos III, departamento de Ciencias Políticas y Sociológicas. Disponible en:  
[http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/cult\\_2.pdf](http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/cult_2.pdf)

Baudot, F. (2008). *La moda del siglo XX*. Barcelona: Gili.

Bard, C. (2012). *Historia política del pantalón*. París: Éditions du Sevil

Beauvoir, S. (1987). *El segundo sexo: los hechos y los mitos*. Buenos Aires: Siglo Veinte

Bock, G. (1996). *Maternidad y políticas de género: la mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*. Madrid: Cátedra.

Brunn, G. (1999). *La Europa del siglo XX: 1815-1914*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Chadwick, W. (1992). *Mujer, arte y sociedad*. Barcelona: Ediciones Destino.

- Chahine, N., Jazdzewiski, C., Lannelongue, M., Mohrt, F., Rouso, F., Voemwaw, F. (2006). *La belleza del siglo. Los cánones femeninos en el siglo XX*. Barcelona: GG Moda.
- Collier, J. (1981). *Politics and gender in simple societies*. Citado en: De Lauretis, T. (1989). *La tecnología del género*. Londres: Macmillan Press.
- De Lauretis, T. (1989). *La tecnología del género*. Londres: Macmillan Press.
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda una visión sociológica*. Barcelona: Paidós Contextos.
- Equidad de género* (2011, junio). Recuperado el 7 de abril de 2012 de: <http://www.buenastareas.com/ensayos/Equidad-De-Genero/2484029.html>
- Ferro, M. (1994). *La gran Guerra 1914-1918*. Madrid: Alianza.
- Fraisse, G. (1991). *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*. Madrid: Cátedra.
- Godoy, L. (2001, septiembre). *Fenómenos migratorios y genéricos: identidades femeninas "remodeladas"*. Psykhe. 16, 41-51.
- Hardach, G. (1986). *La Primera Guerra Mundial 1914-1918*. Barcelona: Crítica.
- Jiménez Gómez, J. (2008). *La moda y la clase social en la era del consumo*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Sociología.
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama S. A.
- Maltby, R. (1991). *Cultura y modernidad*. Madrid: Aguilar.

Mcdowell, C. (1992). *Hats, status, style and glamour*. London: Thames and Hudson.

Mcdowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar*. Madrid: Cátedra.

Mociulsky, M. (2010) *Relato siempre inconcluso: lo femenino y masculino. Historia y futuro de la relación de los géneros*. Mercado, No. 1107 (48-54)

Ruiz, F. (2008). *Perspectiva de la moda en el siglo XX*. México: Fashion Media.

Disponible en: <http://fashionmedia.blogspot.com.ar/2008/05/la-primera-guerra-mundial-desmantel-los.html>

Seeling, C. (2000). *Moda: el siglo de los diseñadores 1900-1999*. Köln: Könemann.

Viveros Vigoyas, M. (2004). *El concepto de género y sus avatares*. Bogotá: Universidad Javeriana.